

Arquidiócesis de Córdoba Fraternidad de Grupos de Oración RCC - Escuela de Formación













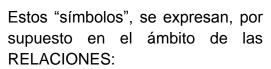
FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION CARISMATICOS RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA Arquidiócesis de Córdoba

Escuela de Formación RCC 2019

FORMACIÓN PERMANENTE: CRECIMIENTO II
MÓDULO 7

INTRODUCCIÓN: PECADO Y GRACIA

1.) La Teología bíblica cuando habla de Pecado, quiere significar términos como: "fallar el tiro", "no dar en el blanco", "seguir un tortuoso", "rebelarse", sendero "obstinarse", "ser infieles", "estar perdidos", "errar", "ser vacíos y falsos". "ser "ser sordos", inconstantes como el polvo".-





- Dios y el Hombre; (dimensión vertical)
- El hombre y el hombre; (dimensión inter-humana)
- El hombre consigo mismo; (dimensión ontológica—antropológica)
- El hombre con el COSMOS.

El Pecado produce "ruptura" en cada una de las relaciones.-

El hombre, <u>por el Pecado</u>, "ha herrado su objetivo más bello", "ha roto la COMUNIÓN", "se ha <u>pervertido</u> (contaminado)".-

Y esta "perversión" de las relaciones, "MODIFICA LA PERCEPCIÓN DE LA REALIDAD": Esta realidad ya no puede ser vista y vivida como si nada hubiese ocurrido...

A decir: "nada ha cambiado en "el en-sí de la realidad"; y sin embargo todo ha cambiado en las relaciones recíprocas de los diversos componentes de la realidad.

La experiencia de pecado "contamina" cualquier otra experiencia humana; ninguna zona queda exenta. (PECADO SOCIAL).-

(2.) Reflexión Bíblica a partir de Gn. 3:



¿De dónde "partir" antes de hablar de este "Misterio" que se produce en el mismo corazón del hombre?

Tenemos que partir de la Sobreabundante GRACIA de Dios y de su Providente Designio de Salvación Universal EN CRISTO.

<u>Ef. 1, 3 – 9</u> "en ⊌ AMOR... (V. 4)" Este

AMOR designa "ante todo", el amor de Dios para con nosotros, que provoca su "ELECCIÓN" y su llamamiento a la "COMUNIÓN CON EL".-

El Relato simbólico del Cap. 3 del Génesis se abre con el episodio de la <u>"TENTACIÓN"</u>, que tiene como protagonista a la serpiente y (en los primeros versículos) a la MUJER... luego también al HOMBRE.-

La Serpiente — sería pura y simplemente: "la proyección de la Tendencia pecaminosa latente en las estructuras mismas de lo humano".-

Lo importante, más allá de quién es la SERPIENTE para el relator del Gn., (que luego en otros libros de la Biblia: Sabiduría, Apocalipsis se va a identificar a la Serpiente con SATÁN. Jn. 8, 41 - 44 "Padre de la Mentira".), es QUÉ DICE... SU PROPUESTA. Representa no una "tentación cualquiera" sino la TENTACIÓN POR EXCELENCIA: la posibilidad de que el hombre se afirme autónomamente como ABSOLUTO, situándose así en el lugar de Dios... "SIENDO COMO DIOS" (v. 5).

Ahora sí, el hombre (la mujer) está sobre una <u>"AUTÉNTICA OPCIÓN</u> <u>FUNDAMENTAL"</u>

- El hombre está dotado, por su propia condición nativa hacia el "SER" (LA VIDA) y el "CONOCER SIEMPRE MÁS" (= PODER). Aspira por naturaleza a "Trascender su propia limitación" – creado a imagen y semejanza de Dios –
- Lo que está por decidir ahora es "cómo lograr este objetivo".
 - Bien como recepción de un DON GRATUITO que se ACOGE en OBEDIENCIA AMOROSA;

 Bien como conquista propia y autosuficiencia autónoma, que prescinde totalmente de Dios.-

¿Se reconocerá el hombre "limitado", SOLO DIVINIZABLE POR LA GRACIA?...

V. 6 La Tentación acecha a la mujer...

La Tentada se convierte en "Tentadora"...

El Pecado humano se <u>consuma</u>; hombre y mujer <u>sucumben en</u> la Tentación.-

- "Se ha traspasado el <u>límite</u>. El hombre ha tomado el "centro" esto es:
 "EL LUGAR DE DIOS". Cree así poder ser por "naturaleza", lo que sólo podía ser por "Gracia".
- El Pecado de Adán por encima de un simple asto externo de <u>desobediencia</u> (Gn. 3, 3), "No toquéis ni comáis porque moriréis...", se presenta como la ACTITUD INTERIOR DE QUIEN PRETENDE



SUPLANTAR A DIOS para decidir sobre el bien y el mal, afirmando frente a Dios la propia autosuficiencia y la negativa a depender de ÉL... (he aquí la tentación de la serpiente: "seréis como dioses conocedores del bien y del mal." (v. 5). / Pero al contrario porque el "hombre fue creado por Dios a Su Imagen y Semejanza, no está llamado a una relación de dependencia, sino de AMISTAD".

- Por tanto el Pecado distorsiona en el hombre la imagen de Dios, por eso es que se lo ve como un "ritual" y está "celoso de sus privilegios y de su superioridad." (4 ss)
- Consecuencias: Las consecuencias no se harán esperar:
 - V. 5: desnudez La serpiente había dicho: "se les abrirán los ojos..." Y así es, para "Conocer que están <u>DESNUDOS".</u>
 - Pecado "falaz e ilusorio"; <u>nunca cumple</u> su PROMESA. Esta <u>desnudez</u> es signo de "indignidad", "envilecimiento".
 - V. 8: <u>huida</u> El Pecado es ante todo "ruptura" de la <u>relación</u> <u>hombre Dios</u>... Los que estaban hechos para vivir <u>junto</u> a Dios, <u>no soportan Su Cercanía y Amistad</u>. ¿"Adán, dónde estás"?

- V. 12: irresponsabilidad

La ruptura de la relación con

Dios, se consuma con la de

las relaciones HOMBRE –

MUJER: Adán "acusa" a su

mujer, pese a que era "carne

de su carne" (2, 23). La

mujer acusa a la serpiente



mujer acusa a la <u>serpiente</u> ninguno <u>admite</u> la PPROPIA RESPONSABILIDAD, sino que pugnan por Trasladarla uno al otro. (Ruptura interpersonal, familiar, social).

- V. 14 ss: Sentencia de Dios...
- V. 15: Menciona la enemistad entre la mujer y la serpiente y sus respectivos linajes.- Desde el principio la condición del hombre pecador se sitúa bajo el signo de la ESPERANZA... Dios mismo tomará la iniciativa de la <u>Reconciliación</u>. "Historia de SALVACIÓN, no de <u>perdición</u>".-

3. LOS PROFETAS:

Junto al tema del "PECADO" aparece siempre en los PROFETAS el de la CONVERSIÓN: Jer. 2, 11-13; Ez. 16: 1-14. 53-63 Os. 2, 16-24.

- Dios permanece fiel a pesar de la infidelidad del hombre y le invita a "Volver"... Os. 2, 16-24 ... "hésed", "rahamin".
- La condición del "PERDÓN" será la actitud del hombre que "VUELVE A AMAR", "A CONFIAR Y ABANDONARSE A ÉL", que renuncia a su voluntad de independencia", "QUE ACEPTA DEJARSE AMAR POR DIOS"...
- La Conversión es "DON DE DIOS" que va en "busca de la oveja perdida"
 (Lc. 15) ..., QUE DÁ AL HOMBRE "un corazón nuevo y un espíritu nuevo"
 (Ez. 34), Y LA POSIBILIDAD DE NACER DE NUEVO (Jn. 3).-
- El Nuevo Testamento revela que el Siervo venido para librar al hombre del pecado (Is 53,11) ES EL HIJO DE DIOS.
- En <u>"CRISTO"</u> se realiza la ALIANZA verdadera y eterna del hombre con Dios.- Sellada en su Misterio de Pasión Muerte y Resurrección.- El amor de Cristo, cuya consumación tiene lugar en la muerte (Jn. 15, 13), es en realidad una "VICTORIA" sobre el Príncipe de este mundo, que no "puede nada contra



él" (Jn. 14, 3) y que ha sido "derrotado" por EL.

- Cabe destacar que Jesús permanece impotente ante quién rechaza la luz (Mc 3,28 y ss.) e imagina que no necesita el perdón como le ocurre al fariseo (Lc 18,9 y ss.) por ello también Jesús denuncia el pecado y la falsa justicia de quién se considera en paz con la Ley pero que tiene un corazón malvado (Mc 7, 21 y ss.). El discípulo de Jesús no se puede contentar con la usticia de los escribas y los fariseos (Mt 5, 20); la justicia de los discípulos consiste en la justicia del amor (Mt 7, 12), pues viendo actuar a su Maestro es como cómo el discípulo aprenderá lo que significa AMAR y los es el pecado en cuanto rechazo del amor.
- Aún cuando los hijos de Dios recaigan en el pecado o experimenten el combate espiritual (Rom. 7), Jesús comunicó a los Apóstoles el Espíritu, "dándoles el Poder de Perdonar los Pecados". (Jn. 20, 22 ss...).



EXCURSUS

La paradoja santidad-pecado en la Iglesia

1. Introducción

A pesar de la actualidad del tema por la dimensión mediática que han tomado ciertos acontecimientos que parecen afectar la 'credibilidad' de la Iglesia, no es coyuntura eclesial lo que me motiva a abordar este tema pues desde antes que existieran los medios masivos de comunicación, el pecado ya viene hiriendo



la

Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Lo que me motiva afrontar esta realidad es la paradoja que hace parte del ser de la Iglesia, esa paradoja que viene provocando perplejidad en los discípulos de Jesús desde el mismo momento en que Pedro exclamó: "Señor, tu lo sabes todo, sabes que te quiero" (Jn 21, 17), esa paradoja que los discípulos de Jesús experimentamos en nosotros mismos como miembros del Cuerpo de Cristo: la paradoja de la co-existencia en el seno de la Iglesia de la santidad y el pecado.

Pero en el abordaje de este tema "no queremos oír la voz de la humanidad indignada"¹, como dice Karl Rahner, "sino que pretendemos percibir el autotestimonio de la Iglesia acerca de su propia falta de santidad"². Nuestra mirada será una mirada de fe.

2. Santidad y pecado en la Iglesia

"Comprender, aceptar y asumir esta dialéctica ha sido una tarea ardua para la conciencia eclesial". La búsqueda de una Iglesia totalmente pura ha sido una constante en la historia de la misma. Desde los donatistas de la época de San Agustín, que no querían readmitir en el seno de la Iglesia a los pecadores "imperdonables", pasando por los cátaros y albigenses en la Edad Media, por los 'reformadores' y los jansenistas en la Edad Moderna, y por tantos más hasta nuestros días, muchos han buscado una 'Iglesia de puros'. Y aquí nos

¹ Rahner, Karl, *Escritos de Teología* vol. IV, Cristiandad, 2007, pag. 271.

² Idem supra, pag. 273.

³ Bueno de la Fuente, Eloy, *Eclesiología*, B.A.C., Madrid, 2007, pag. 317.

encontramos con el primer motivo de admiración: el Magisterio de la Iglesia ha mantenido invariablemente: "es doctrina de fe que los pecadores pertenecen a la Iglesia" (DS 1201, 1205, 1206 contra los husitas; DS 2472-2478 contra los jansenistas). Lo cual está en absoluta continuidad con el Evangelio de Jesucristo de la cual la Iglesia es servidora: "Vayan y aprendan qué significa: 'Quiero misericordia y no sacrificios', porque no he venido a llama r a los justos sino a los pecadores" (Mt 9, 13).

3. Una iluminación desde la Escritura

Las *imágenes* empleadas por la Escritura para describir el misterio de la Iglesia nos iluminan más sobre la paradoja santidad-pecado de la Iglesia.

a. La imagen del '*pueblo de Dios*' que recorre toda la historia bíblica (Ex 15,3; 19,5; 24, 8;32, 11; 32,22; Lev 9,7; 10, 3; Mt 1,21; 21,43; 27,25; Lc 1,17; 1,68; 1,77; Jn 18,14; 2Pe 2,9-10; Ap 21,3) es una imagen fundamental para presentar a la Iglesia. Esta

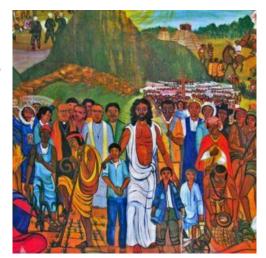


imagen subraya la iniciativa de Dios. Israel no existe más que en virtud de la iniciativa graciosa y decisiva de Dios. Ha nacido de la nada y está formado por aquellos a los que Dios ha agraciado. La elección, la salvación, la alianza, la ley son puros dones. Esta imagen subraya también que la Iglesia es un pueblo peregrino, una caravana en marcha hacia el reino escatológico. La Iglesia está *en tránsito*. Como está en camino, este pueblo se ve sometido a las vicisitudes del tiempo; es deficiente y pecador; tiene continua necesidad de reforma y de perdón. Pero esta imagen subraya también que la Iglesia se encamina hacia una meta, hacia una plenitud que será su descanso y su gozo. Las imperfecciones, los pecados, las fallas que afean la Iglesia sería entonces parte de esa condición de peregrino.

b. La imagen del esposo y de '*la esposa*' (ls 54,6; 61,10; 62,5; Os 1,2; Ef 5, 23. 29-30) insiste igualmente en la iniciativa de Dios; él es el primero en amar y elegir a su esposa. Le sigue siendo fiel a pesar de las infidelidades de ella. Esta imagen insiste también en el carácter interpersonal de las relaciones entre Dios y su Iglesia. Subraya el carácter de libertad en el amor y de reciprocidad en el don. Al amor de iniciativa de Dios tiene que responder el amor de la Iglesia. Finalmente, la imagen insiste en los dones permanentes del esposo a la esposa: el Evangelio, los sacramentos, el Espíritu sobre todo. En el AT, el

Espíritu era un don episódico; en el NT es un don permanente; por eso la Iglesia no traicionará nunca enteramente a su esposo⁴.

c. De un modo especial, la constitución de la Iglesia bajo la nueva alianza se expresa por la imagen del 'cuerpo de Cristo' (Rom 12,4-5; 1Co 10,16-17; 12,12-20; Ef 2, 16; 4,4.12-16; 5,23.29-30; Col 1,18). Desde la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en la encarnación y desde la resurrección de Cristo, la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Puesto que Cristo ama a la Iglesia, su esposa, como a su cuerpo, ésta permanece indisolublemente unida a él. El esposo



y la esposa no se separan. Los miembros pueden sustraerse libremente de la influencia vivificante y santificadora de Cristo y del Espíritu, y la enfermedad puede afectar a algún que otro miembro del cuerpo humano, pero nada puede separar a Cristo esposo de su esposa la Iglesia. Nada puede debilitar o manchar la fuente de vida que no deja de vivificar al Cuerpo de Cristo puesto que esta fuente es Dios mismo.

En cada una de estas imágenes se advierte un aspecto de iniciativa, de vocación, de llamada, de santificación activa que viene de Dios; y, por otra parte, se advierte un aspecto de libre respuesta a esta iniciativa y a esta llamada. La unión y la comunión con el Dios santo exigen un estilo de vida conforme con una vocación tan alta. También se puede advertir cierta tensión histórico-escatológica que se manifiesta en el desenvolvimiento del plan de salvación desarrollado 'en el tiempo', en el cual Dios/Jesús llama a los pecadores para rescatarlos del pecado y llevarlos a una plenitud de vida, de santidad y de belleza que solo se dará en el 'esjatón', en el final; aunque este 'esjatón' ya esté adelantado y cumplido en *María*, la 'toda santa', la 'sin mancha', la 'kejaritomene' (Lc 1,28), la 'llena de gracia'. Ella es imagen de la Iglesia escatológica.

4. Que nos enseña el Magisterio

Ya dijimos que la Iglesia, a través de su Magisterio, nunca excluyó de su seno a los pecadores.

A lo largo de la historia de la Iglesia el Magisterio se ha movido en el equilibrio entre dos posturas extremas. Por una parte rechazó siempre las concepciones eclesiológicas que solo

⁴ Latourell, René, Cristo y la Iglesia, signos de salvación, Salamanca 1971, pag. 65

admitían en el seno de la Iglesia a los 'puros' (cátaros, albigenses, husitas, jansenistas). Por otra, sostuvo siempre, y especialmente contra los protestantes, el 'carácter objetivo' de la santidad de la Iglesia, es decir, de la gracia contenida en los medios institucionales de santificación establecidos verdadera y duraderamente por Dios⁵.

Más recientemente, el Concilio Vaticano II admite la necesidad de purificación y de reforma que siempre tiene la Iglesia (LG 8). En este sentido es inspirador el texto de *Unitatis Redintegratio* con el que la Iglesia se presenta ante los



hermanos separados, con humildad y llaneza, aceptando la necesidad que tiene de una constante renovación: "Pues, aunque la Iglesia católica se halle enriquecida con toda la verdad revelada por Dios y todos los medios de la gracia, sin embargo, sus miembros no viven con todo el fervor que tales riquezas exigen; tanto que el rostro de la Iglesia resplandece menos ante nuestros hermanos separados y el universo mundo, y se retrasa el crecimiento del reino de Dios. Por tal motivo, todos los católicos deben tender a la perfección cristiana y, según la condición de cada cual, esforzarse para que la Iglesia, que lleva en su cuerpo la humildad y la mortificación de Jesús, se purifique y se renueve cada día más, hasta que Cristo se la presente a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga" (UR 4).

Hay que notar también que el Concilio Vaticano II insiste en afirmar que los pecadores existen en la Iglesia si bien le pertenecen con el cuerpo y no con el corazón (LG 14; GS 43).

Un hito importantísimo en el desarrollo del Magisterio en este punto es el gesto realizado por el papa Juan Pablo II en el Jubileo del año 2000 por el cuál el Santo Padre realizó una examen de conciencia y pidió perdón en nombre de todos los hijos de la Iglesia que con sus actitudes y pecados afearon el rostro de la Iglesia. En este hecho queda patente que la Iglesia considera como 'hijos' a sus miembros pecadores.

⁵ Bueno de la Fuente, Eloy, *Eclesiología*, B.A.C., Madrid, 2007, pag. 319.

5. La reflexión de los teólogos

En la teología reciente (Yves Congar⁶, Karl Rahner⁷, etc) encontramos ciertos puntos en los que el acuerdo es cada vez más firme, aún en algunos teólogos protestantes (Por ej. Hans Kung)⁸. Estas concordancias las podemos resumir en los siguientes ítems:

- La presencia del pecado en la Iglesia pertenece a la lógica misma de la encarnación. Sería una Iglesia irreal si no acogiera en su seno a los pecadores.
- 2) Sin embargo, la nota decisiva de la Iglesia no es el pecado sino la santidad, y esto en virtud de la elección, de la vocación, y de la acción de Dios, que por Cristo y su Espíritu suscita a la Iglesia y no deja de vivificarla.
- 3) La Iglesia es subjetivamente santa, como totalidad, en virtud de la fidelidad indefectible que le ha merecido Cristo, que la unió consigo para siempre como su esposa y su cuerpo.
- 4) La Iglesia participa del misterio de la sacramentalidad de la economía de la salvación, por eso sigue siendo siempre, en su fuente, instrumento de salvación para el mundo.
- 5) En sus miembros, la santidad ética depende de la respuesta más o menos generosa de sus miembros.
- 6) La Iglesia totalmente pura y totalmente santa no se realizará más que en la escatología.

6. Una paradoja que cuestiona

No se puede negar que la Iglesia es una comunidad visible, cuyo testimonio asume una forma no sólo personal, sino también comunitaria. La calidad de los miembros de esta comunidad afecta a la calidad de la comunidad misma y a la calidad de la *imagen* que presenta ante el mundo. Una comunidad que tiene a sus miembros divididos, que son egoístas, crueles, recelosos, inmorales, mentirosos y ladrones, es justamente calificada de

⁷ Rahner K., Escritos de Teología V, Madrid 1964.

⁶ Congar Y., Santa Iglesia, Barcelona 1982.

⁸ Cfr. Latourell, René, Cristo y la Iglesia, signos de salvación, Salamanca 1971, pag. 72.

pecadora. Si presenta un cuerpo y un rostro de pecado, constituye un anti-signo de la salvación, ya que contradice al Evangelio que anuncia. No es posible silenciar o reducir la importancia de este aspecto de la Iglesia.



Ahora bien, habiendo reconocido la realidad del pecado en la Iglesia, es necesario admitir que ella sigue siendo 'signo' de salvación en el mundo, no por el pecado presente en ella sino porque precisamente, a pesar del mismo, ella sigue produciendo frutos de santidad ¡y esta es la gran paradoja! no en sentido negativo sino positivo: lo que los hombres ven en la Iglesia es precisamente que a pesar de sus debilidades y defectos, ella continúa cultivando, en su seno, frutos de

santidad.

¿Cuáles son en la Iglesia las manifestaciones visibles de santidad que, a pesar del pecado de sus miembros, pueden atraer la mirada incluso del no creyente? He aquí algunos de estos hechos: 1) La Iglesia no deja de predicar el evangelio y los medios de la salvación. 2) La Iglesia no deja de trabajar por la elevación del nivel moral de la persona y de la humanidad. 3) La Iglesia acoge a los pecadores. 4) La Iglesia no cesa de proponer el ideal de la perfección evangélica. 5) La Iglesia no deja de engendrar santos en todas las épocas: Pablo y Pedro, Ignacio de Antioquía, Basilio, Gregorio, Atanasio, Ambrosio, Agustín, Bernardo, Benito, Clara, Francisco, Domingo, Tomás de Aquino, Buenaventura, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Vicente de Paúl, Juan María Vianney, Juan Bosco, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, Teresa de Ávila, Teresa de Lisieux, Juan de Brébeuf, Isaac Jogues, M. Kolbe, y tantísimos más. 6) La reforma periódica de la Iglesia; en efecto, la Iglesia cuenta, junto a santos heroicos, con una pesada masa de pecadores. Tanto en su cuerpo entero como en sus miembros tiene constantemente necesidad de reformarse.

7. "Reconstruyan mi casa": La 'renovación en el Espíritu' de la Iglesia

"Así dice el Señor de los ejércitos: Este pueblo anda diciendo que todavía no ha llegado el momento de reconstruir el templo. Y el Señor dirigió la palabra por medio del profeta Ageo:



¿De modo que es tiempo de vivir en casas recubiertas, mientras el templo está en ruinas?...

Sembraron mucho, cosechan poco... y el asalariado echa en saco roto. Así dice el Señor de los ejércitos: ¡Fíjense en su situación: suban al monte, traigan maderos, construyan el templo!" (Ageo 1, 1-9).

Esta profecía, leída 'espiritualmente' hoy en la Iglesia tiene todo el sentido de un juicio de Dios: Dios juzga nuestra situación. También ahora como entonces está entre nosotros la tarea de una reconstrucción, una renovación del pueblo de Dios: "Francisco, repara mi Iglesia que se desmorona".

Pero, ¿en qué consistiría esa reconstrucción? ¿por dónde debe ir? Muchos están ocupados y preocupados por su propia casa. La propia casa puede significar la propia habitación terrena, los propios asuntos terrenales y hasta la propia salvación individual. Pero, en sentido metafórico, la propia casa puede indicar también el propio 'grupo', la propia 'comunidad de oración, de evangelización o de servicio' a la que se pertenece, ese pequeño mundo que cada uno ha tratado de modelarse al interior de la Iglesia olvidando que Dios tiene 'su casa' en el mundo y que esa casa es la Iglesia universal. A través de este texto Dios nos está pidiendo que trabajemos por esa 'casa grande', que la tengamos presente, en la mente y en el corazón. Es como si nos dijera: 'busquen la Iglesia, y todo lo demás se les dará por añadidura' o, parafraseando al Señor también, es como si nos dijera: 'el que no junta con la Iglesia, desparrama'.

Es fundamental que en nuestras comunidades locales, en nuestros grupos, en nuestros movimientos eclesiales cultivemos un amor grande por 'la Iglesia de Cristo'. Es necesario que cultivemos en nosotros, para con la Iglesia, los mismo sentimientos que Cristo tuvo por ella (Filip 2, 5). Cristo amó a la Iglesia hasta entregarse por ella, no antes de que ella sea plenamente santa, sino precisamente para hacerla santa (Ef 5, 23. 29-30). La Iglesia es, sí, la 'esposa repudiada', pero repudiada por los hombres, no por Dios: 'Dice el Señor: ¿dónde está el acta de repudio con que repudié a tu madre?' (Is 50, 1). También para el matrimonio



de la Iglesia con Cristo vale la sentencia: 'que no separe el hombre lo que Dios ha unido' (Mt 19, 6).

-

⁹ San Francisco de Asís, *Escritos*, Oración ante el crucifijo de San Damián, B.A.C. Madrid, 1980, pag. 23.

Dice Cantalamessa: "La Iglesia va con lentitud, es cierto: lentitud en la evangelización, en responder a los signos de los tiempos, en defender a los pobres y en tantas otras cosas; pero ¿saben ustedes por qué va lenta? Porque a sus espaldas nos va llevando a nosotros que estamos todavía llenos de lastres de pecado. Los hijos acusan a la madre de estar llena de arrugas ¡y han sido ellos precisamente quienes se las produjeron!"¹⁰

Ya es hora de que nos acostumbremos a una manera nueva de hablar de la Iglesia que es nuestra madre, con más delicadeza, con más corresponsabilidad. Con esto no decimos que todos deban 'guardar silencio'. Pero sí que para 'hablar' hay que hacerlo desde el amor, y desde el amor de Cristo por su Iglesia, ya que solo desde el corazón de Cristo develamos el misterio de la Iglesia y de su paradoja. Comenzar a reconstruir la Iglesia significa comenzar a amarla.

Hasta aquí hemos visto la necesidad de renovación que tiene la Iglesia, y por dónde debe ir esa renovación. Ahora bien, ¿con qué fuerza podríamos renovar la Iglesia? No con nuestras pobres fuerzas, ciertamente. Pablo nos dice: "no en base a las buenas obras que hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó con el baño regenerador y de renovación en



el Espíritu" (Ti 3, 5). Es el Espíritu del Señor el que renueva la Iglesia. La preposición "en" no indica el lugar dónde, sino que está designando el instrumento, o mejor, el agente renovador: el Santo Espíritu de Dios. "Yo –no ustedes– hago nuevas todas las cosas" dice el Señor en el Apocalípsis (Apoc 21, 5). El Espíritu del Señor, y solo Él, puede renovar la faz de la tierra (Cfr. Sal 104, 30).

8. Conclusión

Abordar este tema del pecado en la Iglesia ha significado para mí tener una nueva mirada para con la Iglesia, una mirada más benévola, más misericordiosa, quizá más cercana a la mirada que Cristo tiene para con su esposa. Una mirada que, también, se llenó de esperanza ya que se enfoca más en la promesa escatológica de Dios a su pueblo, que en las miserias actuales que nosotros le aportamos a la Iglesia. Creer en la santidad de la Iglesia es también esperar en Dios que no deja de obrar por medio de su Espíritu hasta llevar a término su plan salvífico. Quizá las palabras del libro de Tobías puedan reflejar esa esperanza nueva después de haber mirado el pecado de la Iglesia con los ojos de Jesús:

_

¹⁰ Cantalamesa, Raniero, *Renovarse en el Espíritu*, Clavería, México, 1985, pag. 72-73.

"Jerusalén, ciudad santa,

Él te castigó por las obras de tus hijos, pero volverá a apiadarse de su pueblo justo.

Dad gracias al Señor como es debido y bendice al rey de los siglos, para que tu templo sea reconstruido con júbilo, para que él alegre en ti a todos los desterrados y ame en ti a todos los desgraciados, por los siglos de los siglos.

Una luz resplandeciente iluminará a todas las regiones de la tierra...

Dichosos los que te aman...

Dichosos cuantos se afligen por tus pruebas:

se alegrarán por ti viendo tu alegría perpetua"

(Tob 13, 10-16).

Adriana González O.V.

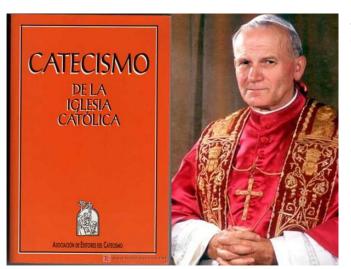


BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIA DE JERUSALÉN, Desclée de Brouwer, Bilbao
- DOCUMENTOS FINALES DEL CONCILIO VATICANO II, Lumen, Buenos Aires.
- BUENO DE LA FUENTE, Eloy, *Eclesiología*, B.A.C., Madrid, 2007
- DE FIORES, Stefano; GOFFI, Tulio, Nuevo Diccionario de Espiritualidad, Paulinas, Madrid, 1979².
- LATOURELL, René, Cristo y la Iglesia, signos de salvación, Salamanca, 1971
- CANTALAMESA, Raniero, Renovarse en el Espíritu, Clavería, México, 1985
- CONGAR Y., Santa Iglesia, Barcelona, 1982.
- RAHNER K., Escritos de Teología, Madrid, 1964.
- SAN FRANCISCO DE ASÍS, Escritos, Oración ante el crucifijo de San Damián, B.A.C. Madrid, 1980.

PROFUNDIZANDO CON EL CATECISMO





Juan Pablo II nos ha dejado, en la década del '90, uno de sus regalos más hermosos: el Catecismo de la Iglesia Católica. Él contiene, de un modo sencillo y al mismo tiempo profundo, la doctrina de la fe católica. Es de una gran riqueza y de muy fácil acceso pues, si no lo podemos comprar en su formato libro, podemos acceder a él desde la web. Es lamentable que no

podamos aprovecharlo más v disfrutar

de su sabiduría y riqueza. Por eso, hoy, después de una primera aproximación bíblica al tema del pecado y de la gracia, vamos ver qué nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica. En adelante lo citaremos como CEC según su nombre en latín Catechismus Ecclesiæ Catholicæ, por ejemplo, **CEC 385** significa Catecismo de la Iglesia Católica N° 385.

Comenzamos por el Capítulo I Párrafo 7, CEC 385-390:

LA CAÍDA

385 Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Sin embargo, nadie escapa a la experiencia del sufrimiento, de los males en la naturaleza —que aparecen como ligados a los límites propios de las criaturas—, y sobre todo a la cuestión del mal moral. ¿De dónde viene el mal? *Quaerebam unde malum et non erat exitus* ("Buscaba el origen del mal y no encontraba solución") dice san Agustín (*Confessiones*, 7,7.11), y su propia búsqueda dolorosa sólo encontrará salida en su conversión al Dios vivo. Porque "el misterio [...] de la iniquidad" (2 Ts 2,7) sólo se esclarece a la luz del "Misterio de la piedad" (1 Tm 3,16). La revelación del amor divino en Cristo ha manifestado a la vez la extensión del mal y la sobreabundancia de la gracia (cf. *Rm* 5,20). Debemos, por tanto, examinar la cuestión del origen del mal fijando la mirada de nuestra fe en el que es su único Vencedor (cf. *Lc* 11,21-22; *Jn* 16,11; 1 *Jn* 3,8).

Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rm 5,20)

La realidad del pecado

386 El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres. Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el *vínculo profundo del hombre con Dios*, porque fuera de esta relación, el mal

del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios, aunque continúe pesando sobre la vida del hombre y sobre la historia.

387 La realidad del pecado, y más particularmente del pecado de los orígenes, sólo se esclarece a la luz de la Revelación divina. Sin el conocimiento que ésta nos da de Dios no se puede reconocer claramente el pecado, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc. Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente.

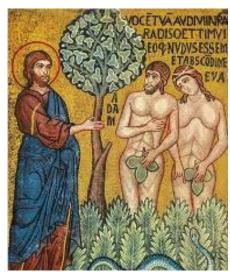
El pecado original: una verdad esencial de la fe

388 Con el desarrollo de la Revelación se va iluminando también la realidad del pecado. Aunque el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento conoció de alguna manera la condición humana a la luz de la historia de la caída narrada en el Génesis, no podía alcanzar el significado último de esta historia que sólo se manifiesta a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo (cf. Rm 5,12-21). Es preciso conocer a Cristo como fuente de la gracia para conocer a Adán como fuente del pecado. El Espíritu-Paráclito, enviado por Cristo resucitado, es quien vino "a convencer al mundo en lo referente al pecado" (Jn 16,8) revelando al que es su Redentor.

389 La doctrina del pecado original es, por así decirlo, "el reverso" de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador de todos los hombres, que todos necesitan salvación y que la salvación es ofrecida a todos gracias a Cristo. La Iglesia, que tiene el sentido de Cristo (cf. *1 Cor* 2,16) sabe bien que no se puede lesionar la revelación del pecado original sin atentar contra el Misterio de Cristo.

Para leer el relato de la caída

390 El relato de la caída (*Gn* 3) utiliza un lenguaje hecho de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar *al comienzo de la historia del hombre* (cf. GS 13,1). La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por el pecado original libremente cometido por nuestros primeros padres (cf. Concilio de Trento: DS 1513; Pío XII, enc. *Humani generis*: ibíd, 3897; Pablo VI, discurso 11 de julio de 1966).



La caída de los ángeles

391 Detrás de la elección desobediente de nuestros primeros padres se halla una voz seductora, opuesta a Dios (cf. *Gn* 3,1-5) que, por envidia, los hace caer en la muerte (cf. *Sb*2,24). La Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en este ser un ángel caído, llamado Satán o diablo (cf. *Jn* 8,44; *Ap* 12,9). La Iglesia enseña que primero fue un ángel bueno, creado por Dios. *Diabolus enim et alii daemones a Deo quidem natura creati sunt boni, sed ipsi per se facti sunt mali* ("El diablo y los otros demonios fueron creados por Dios con una naturaleza buena, pero ellos se hicieron a sí mismos malos") (Concilio de Letrán IV, año 1215: DS, 800).

392 La Escritura habla de un *pecado* de estos ángeles (2 P 2,4). Esta "caída" consiste en la elección libre de estos espíritus creados que *rechazaron* radical e irrevocablemente a Dios y su Reino. Encontramos un reflejo de esta rebelión en las palabras del tentador a nuestros primeros padres: "Seréis como dioses" (*Gn* 3,5). El diablo es "pecador desde el principio" (1 *Jn* 3,8), "padre de la mentira" (*Jn* 8,44).

393 Es el carácter *irrevocable* de su elección, y no un defecto de la infinita misericordia divina lo que hace que el pecado de los ángeles no pueda ser perdonado. "No hay arrepentimiento para ellos después de la caída, como no

hay arrepentimiento para los hombres después de la muerte" (San Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, 2,4: PG 94, 877C).

394 La Escritura atestigua la influencia nefasta de aquel a quien Jesús llama "homicida desde el principio" (*Jn* 8,44) y que incluso intentó apartarlo de la misión recibida del Padre (cf. *Mt*4,1-11). "El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del diablo" (*1 Jn* 3,8). La más grave en consecuencias de estas obras ha sido la seducción mentirosa que ha inducido al hombre a desobedecer a Dios.

395 Sin embargo, el poder de Satán no es infinito. No es más que una criatura, poderosa por el hecho de ser espíritu puro, pero siempre criatura: no puede impedir la edificación del Reino de Dios. Aunque Satán actúe en el mundo por odio contra Dios y su Reino en Jesucristo, y aunque su acción cause graves daños —de naturaleza espiritual e indirectamente incluso de naturaleza física—en cada hombre y en la sociedad, esta acción es permitida por la divina providencia que con fuerza y dulzura dirige la historia del hombre y del mundo. El que

PREGUNTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

- 1. Teniendo en cuenta el N° 387 intenta explicar con tus palabras la frase 'porque "el misterio [...] de la iniquidad" (2 Ts 2,7) sólo se esclarece a la luz del "Misterio de la piedad" (1 Tim 3,16)' del Catecismo 385.
- 2. A través de un relato lleno de imágenes ; Qué afirma Gen 3? 3. ; En qué consiste "la caída de los ángeles"?

Dios permita la actividad diabólica es un gran misterio, pero "nosotros sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman" (*Rm* 8,28).

Ahora profundizaremos sobre ¿qué es el pecado original? y lo haremos a partir de los números 396 a 401 del Catecismo de la Iglesia Católica.

El pecado original

La prueba de la libertad

396 Dios creó al hombre a su imagen y lo estableció en su amistad. Criatura espiritual, el hombre no puede vivir esta amistad más que en la forma de libre sumisión a Dios. Esto es lo que expresa la prohibición hecha al hombre de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, "porque el día que comieres de él, morirás sin remedio" (*Gn* 2,17). "El árbol del conocimiento del bien y del mal" evoca simbólicamente el límite infranqueable que el hombre en cuanto criatura debe reconocer libremente y respetar con confianza. El hombre depende del Creador, está sometido a las leyes de la Creación y a las normas morales que regulan el uso de la libertad.

El primer pecado del hombre

397 El hombre, tentado por el diablo, dejó morir en su corazón la confianza hacia su creador (cf. *Gn* 3,1-11) y, abusando de su libertad, *desobedeció* al mandamiento de Dios. En esto consistió el primer pecado del hombre (cf. *Rm* 5,19). En adelante, todo pecado será una desobediencia a Dios y una falta de confianza en su bondad.

398 En este pecado, el hombre se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, y por ello despreció a Dios: hizo elección de sí mismo contra Dios, contra las exigencias de su estado de criatura y, por tanto, contra su propio bien. El hombre, constituido en un



estado de santidad, estaba destinado a ser plenamente "divinizado" por Dios en la gloria. Por la seducción del diablo quiso "ser como Dios" (cf. *Gn* 3,5), pero "sin Dios, antes que Dios y no según Dios" (San Máximo el Confesor, *Ambiguorum liber*: PG 91, 1156C).

399 La Escritura muestra las consecuencias dramáticas de esta primera desobediencia. Adán y Eva pierden inmediatamente la gracia de la santidad original (cf. Rm 3,23). Tienen miedo del Dios (cf. Gn 3,9-10) de quien han concebido una falsa imagen, la de un Dios celoso de sus prerrogativas (cf. Gn 3,5).

400 La armonía en la que se encontraban, establecida gracias a la justicia original, queda destruida; el dominio de las facultades espirituales del alma

sobre el cuerpo se quiebra (cf. Gn 3,7); la unión entre el hombre y la mujer es sometida a (cf. *Gn* 3,11-13); sus relaciones estarán marcadas por el deseo y el dominio (cf. Gn 3,16). La armonía con la creación se rompe; la creación visible se hace para el hombre extraña y hostil (cf. Gn3,17.19). A causa del hombre, la creación es sometida "a la servidumbre de la corrupción" (Rm 8,21). Por fin, la consecuencia explicitamente anunciada para el caso de desobediencia (cf. Gn 2,17), se realizará: el hombre "volverá al polvo del que fue formado" (Gn 3,19). La muerte hace su entrada en la historia de la humanidad (cf. Rm 5,12).



401 Desde este primer pecado, una verdadera invasión de pecado inunda el mundo: el fratricidio cometido por Caín en Abel (cf. *Gn* 4,3-15); la corrupción universal, a raíz del pecado (cf. *Gn* 6,5.12; *Rm* 1,18-32); en la historia de Israel, el pecado se manifiesta frecuentemente, sobre todo como una infidelidad al Dios de la Alianza y como transgresión de la Ley de Moisés; e incluso tras la Redención de Cristo, entre los cristianos, el pecado se manifiesta de múltiples maneras (cf. *1 Co* 1-6; *Ap* 2-3). La Escritura y la Tradición de la Iglesia no cesan de recordar la presencia y *la universalidad del pecado en la historia* del hombre:

«Lo que la Revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno. Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas» (GS 13,1).

PREGUNTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

1. ¿Qué representa, en Gen 3, la prohibición de comer del árbol del bien y del mal?

2. ¿En qué consistió el primer pecado del hombre?

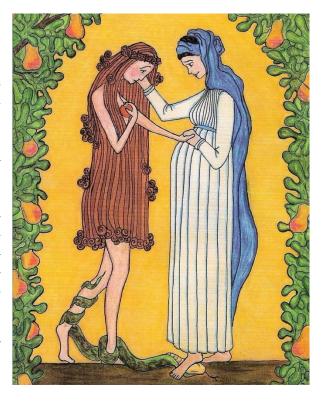
3. Teniendo en cuenta CEC 398-401, trata de hacer una breve enumeración de las consecuencias del primer pecado original.

"No lo abandonaste al poder de la muerte"

410 Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama (cf. *Gn*3,9) y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída (cf. *Gn* 3,15). Este pasaje del Génesis ha sido llamado "Protoevangelio", por ser el primer anuncio del Mesías redentor,

anuncio de un combate entre la serpiente y la Mujer, y de la victoria final de un descendiente de ésta.

411 La tradición cristiana ve en este pasaje un anuncio del "nuevo Adán" (cf. 1 Co 15,21-22.45) que, por su "obediencia hasta la muerte en la Cruz" (Flp 2,8)repara sobreabundancia la desobediencia de Adán (cf. Rm 5,19-20). Por otra parte, numerosos Padres y doctores de la Iglesia ven en la mujer anunciada en "protoevangelio" la madre Cristo, María, como "nueva Eva". Ella ha sido la que, la primera y de una manera única, se benefició de la victoria sobre el pecado alcanzada por Cristo: fue preservada de toda mancha de pecado original (cf. Pío IX: Bula Ineffabilis Deus: DS 2803) y, durante toda su vida terrena, por una gracia especial de Dios, no cometió ninguna clase de pecado (cf. Concilio de Trento: DS 1573).



412 Pero, ¿por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara? San León Magno responde: "La gracia inefable de Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó la envidia del demonio" (Sermones, 73,4: PL 54, 396). Y santo Tomás de Aquino: «Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más alto después de pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para sacar de ellos un mayor bien. De ahí las palabras de san Pablo: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20). Y en la bendición del Cirio Pascual: "¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!"» (S.Th., 3, q.1, a.3, ad 3: en el Pregón Pascual «Exultet» se recogen textos de santo Tomas de esta cita).

PREGUNTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

- 1. ; Por qué a Gen 3, 15 se llama el "Protoevangelio?
- 2. ; Por qué Dios no impidió que el primer hombre pecara?

GRACIA Y JUSTIFICACIÓN

I. La justificación

1987 La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo" (Rm 3, 22) y por el Bautismo (cf Rm 6, 3-4):

«Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (*Rm* 6, 8-11).

1988 Por el poder del Espíritu Santo participamos en la Pasión de Cristo, muriendo al pecado, y en su Resurrección, naciendo a una vida nueva; somos miembros de su Cuerpo que es la Iglesia (cf 1 Co 12), sarmientos unidos a la Vid que es Él mismo (cf Jn 15, 1-4)

«Por el Espíritu Santo participamos de Dios [...] Por la participación del Espíritu venimos a ser partícipes de la naturaleza divina [...] Por eso, aquellos en quienes habita el Espíritu están divinizados» (San Atanasio de Alejandría, *Epistula ad Serapionem*, 1, 24).

1989 La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la *conversión*, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: "Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca" (*Mt* 4, 17). Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. "La justificación no es solo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del interior del hombre" (Concilio de Trento: DS 1528).



1990 La justificación libera *al hombre del pecado* que contradice al amor de Dios, y purifica su corazón. La justificación es prolongación de la iniciativa misericordiosa de Dios que otorga el perdón. Reconcilia al hombre con Dios, libera de la servidumbre del pecado y sana.

1991 La justificación es, al mismo tiempo, *acogida de la justicia de Dios* por la fe en Jesucristo. La justicia designa aquí la rectitud del amor divino. Con la justificación son difundidas en nuestros corazones la fe, la esperanza y la caridad, y nos es concedida la obediencia a la voluntad divina.

1992 La justificación nos fue *merecida por la pasión de Cristo*, que se ofreció en la cruz como hostia viva, santa y agradable a Dios y cuya sangre vino a ser instrumento de propiciación por los pecados de todos los hombres. La justificación es concedida por el Bautismo, sacramento de la fe. Nos asemeja a la justicia de Dios que nos hace interiormente justos por el poder de su misericordia. Tiene por fin la gloria de Dios y de Cristo, y el don de la vida eterna (cf Concilio de Trento: DS 1529)

«Pero ahora, independientemente de la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, atestiguada por la ley y los profetas, justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen —pues no hay diferencia alguna; todos pecaron y están privados de la gloria de Dios— y son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre, mediante la fe, para mostrar su justicia, pasando por alto los pecados cometidos anteriormente, en el tiempo de la paciencia de Dios; en orden a mostrar su justicia en el tiempo presente, para ser él justo y justificador del que cree en Jesús» (*Rm* 3 ,21-26).

1993 La justificación establece la *colaboración entre la gracia de Dios y la libertad del hombre*. Por parte del hombre se expresa en el asentimiento de la fe a la Palabra de Dios que lo invita a la conversión, y en la cooperación de la caridad al impulso del Espíritu Santo que lo previene y lo custodia:

«Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está sin hacer nada en absoluto al recibir aquella inspiración, puesto que puede también rechazarla; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, tampoco puede dirigirse, por su voluntad libre, hacia la justicia delante de Él» [Concilio de Trento: DS 1525).

1994 La justificación es la *obra más excelente del amor de Dios*, manifestado en Cristo Jesús y concedido por el Espíritu Santo. San Agustín afirma que "la justificación del impío [...] es una obra más grande que la creación del

cielo y de la tierra" [...] porque "el cielo y la tierra pasarán, mientras [...] la salvación y la justificación de los elegidos permanecerán" (San Agustín, In Iohannis evangelium tractatus, 72, 3). Dice incluso que la justificación de los pecadores supera a la creación de los ángeles en la justicia porque manifiesta una misericordia mayor.

1995 El Espíritu Santo es el maestro interior. Haciendo nacer al "hombre interior" ($Rm\ 7,\ 22$; $Ef\ 3,\ 16$), la justificación implica la santificación de todo el ser:

«Si en otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad [...] al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (*Rm* 6, 19. 22).

PREGUNTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

- 1. Explica con tas palabras qué es la **jastificación**,
- 2. ¿Por qué la **jastificación** es la obra más grande del amor de Dios?
- 3, ¿Cómo colabora el hombre con la gracia de la justificación?

II. La gracia

1996 Nuestra justificación es obra de la gracia de Dios. La gracia es el *favor*, el *auxilio gratuito* que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser

hijos de Dios (cf Jn 1, 12-18), hijos adoptivos (cf Rm 8, 14-17), partícipes de la naturaleza divina (cf 2P 1, 3-4), de la vida eterna (cf Jn 17, 3).

1997 La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria: por el Bautismo el cristiano participa de la gracia de Cristo, Cabeza de su Cuerpo. Como "hijo adoptivo" puede ahora llamar "Padre" a Dios, en unión con el Hijo único. Recibe la vida del Espíritu que le infunde la caridad y que forma la Iglesia.

1998 Esta vida vocación а la eterna es sobrenatural. Depende enteramente de la iniciativa gratuita de Dios, porque sólo Él revelarse V darse а SÍ Sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana, como las de toda creatura (cf 1 Co 2, 7-9)



1999 La gracia de Cristo es el don gratuito que Dios nos hace de su vida infundida por el

Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla: es la gracia santificanteo divinizadora, recibida en el Bautismo. Es en nosotros la fuente de la obra de santificación (cf Jn 4, 14; 7, 38-39):

«Por tanto, el que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo» (2 Co 5, 17-18).

2000 La gracia santificante es un don habitual, una disposición estable y sobrenatural que perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios, de obrar por su amor. Se debe distinguir entre la *gracia habitual*, disposición permanente para vivir y obrar según la vocación divina, y las *gracias actuales*, que designan las intervenciones divinas que están en el origen de la conversión o en el curso de la obra de la santificación.

2001 La preparación del hombre para acoger la gracia es ya una obra de la gracia. Esta es necesaria para suscitar y sostener nuestra colaboración a la justificación mediante la fe y a la santificación mediante la caridad. Dios completa en nosotros lo que Él mismo comenzó, "porque él, por su acción, comienza haciendo que nosotros queramos; y termina cooperando con nuestra voluntad ya convertida" (San Agustín, De gratia et libero arbitrio, 17, 33):

«Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez sanados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin él no podemos hacer nada» (San Agustín, *De natura et gratia*, 31, 35).

2002 La libre iniciativa de Dios exige la *respuesta libre del hombre*, porque Dios creó al hombre a su imagen concediéndole, con la libertad, el poder de conocerle y amarle. El alma sólo libremente entra en la comunión del amor. Dios toca inmediatamente y mueve directamente el corazón del hombre. Puso en el hombre una aspiración a la verdad y al bien que sólo Él puede colmar. Las promesas de la "vida eterna" responden, por encima de toda esperanza, a esta aspiración:

«Si tú descansaste el día séptimo, al término de todas tus obras muy buenas, fue para decirnos por la voz de tu libro que al término de nuestras obras, "que son muy buenas" por el hecho de que eres tú quien nos las ha dado, también nosotros en el sábado de la vida eterna descansaremos en ti» (San Agustín, *Confessiones*, 13, 36, 51).



2003 La gracia es, ante todo y principalmente, el don del Espíritu que nos justifica y nos santifica. Pero la gracia comprende también los dones que el Espíritu Santo nos concede para asociarnos a su obra, para hacernos capaces de colaborar en la salvación de los otros y en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Estas son las gracias sacramentales, dones propios de los distintos sacramentos. Son además las gracias especiales, llamadas también carismas, según el término griego empleado por san Pablo, y que significa favor, don gratuito, beneficio (cf LG 12). Cualquiera que sea su carácter, a veces extraordinario, como el don de milagros o de lenguas, los carismas están ordenados a la gracia santificante y tienen por fin el bien común de la Iglesia. Están al servicio de la caridad, que edifica la Iglesia (cf 1 Co 12).

2004 Entre las gracias especiales conviene mencionar las *gracias de estado*, que acompañan el ejercicio de las responsabilidades de la vida cristiana y de los ministerios en el seno de la Iglesia:

«Teniendo dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámoslo en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el ministerio, la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con jovialidad» (*Rm* 12, 6-8).

2005 La gracia, siendo de orden sobrenatural, escapa a nuestra experiencia y sólo puede ser conocida por la fe. Por tanto, no podemos fundarnos en nuestros sentimientos o nuestras obras para deducir de ellos que estamos justificados y salvados (Concilio de Trento: DS 1533-34). Sin embargo, según las palabras del Señor: "Por sus frutos los conoceréis" (Mt 7,

20), la consideración de los beneficios de Dios en nuestra vida y en la vida de los santos nos ofrece una garantía de que la gracia está actuando en nosotros y nos incita a una fe cada vez mayor y a una actitud de pobreza llena de confianza:

Una de las más bellas ilustraciones de esta actitud se encuentra en la respuesta de santa Juana de Arco a una pregunta capciosa de sus jueces eclesiásticos: «Interrogada si sabía que estaba en gracia de Dios, responde: "Si no lo estoy, que Dios me quiera poner en ella; si estoy, que Dios me quiera conservar en ella"» (Santa Juana de Arco, *Dictum: Procès de*

PREGUNTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

- 1. Según CEC 2003, ¿Qué es, ante todo y principalmente, **la gracia**? Y ¿qué son los carismas?
- 2. ; Qué es la gracia habitual?
- 3. ¿Qué es la gracia de estado?

condannation).

La gracia es más fuerte que el pecado, en Pablo e Ignacio

Diego Fares si

◆ Te basta mi gracia...

Bienaventurados los que, como Pablo, saben que llevan un tesoro en vasijas de barro. Descubrirán el poder extraordinario que viene de Dios.

En este taller vamos a acercar a Pablo e Ignacio en su visión de la gracia: la gracia santificante como Don del Espíritu que es más fuerte que el pecado.

Vasijas de barro portadoras de un tesoro de gracia



No se trata de que Pablo tenga una visión ingenua de la naturaleza humana. Por el contrario, Pablo afirma que somos "recipientes de barro", lo cual acentúa más aún el valor del tesoro de gracia que llevamos: "El mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo. Pero llevamos este tesoro en

recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros" (2 Cor 4, 6-7).

"Soy todo impedimento, y sin embargo..."

Ignacio tampoco simplifica lo difícil que resulta recibir y poner en práctica la gracia. De hecho, son necesarios los Ejercicios Espirituales con toda su sabiduría y lo que conlleva practicarlos cada año para poder "ordenar" nuestros afectos. Es más, Ignacio siente que "es todo impedimento" con respecto a la acción de la gracia. Sin embargo, sentirse tan pequeño y miserable no sólo no le quita la alegría, sino que por el contrario, paradójicamente, se la aumenta. Como bien le dice a San Francisco de Borja:

"Yo para mí me persuado que, antes y después, soy todo impedimento; y de esto siento mayor contentamiento y gozo espiritual en el Señor nuestro, por no poder atribuir a mí cosa alguna que buena parezca".

ം "Cuando estoy débil entonces soy fuerte"

Pablo expresa la misma paradoja cuando afirma que "me glorío en mis flaquezas para que habite en mí la fuerza de Cristo". Pablo siente que el Señor no le quita algunos defectos para que no se engría y recuerda cómo se lo confirmó el mismo Señor con aquella famosa frase con la que gracia encabezamos nuestra reflexión de hoy: "mi "Para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte" (2 Cor 12, 7-11).



Paradojas de Dios: su gracia hace que hasta los defectos sirvan para conservar la virtud.

Nadal, compañero de Ignacio, tiene una frase audaz: decía que para Ignacio, "los defectos conservan la virtud". El Padre Cámara recoge este pensamiento de Nadal y lo matiza un poco. Dice que "El P. Nadal no quería decir otra cosa, sino que de los defectos naturales, que

difícilmente vencemos, podemos sacar humildad y conocimiento propio, con que se conserve la virtud sólida".

Más que matizar y distinguir creo que hay que leer esta doctrina de Pablo e Ignacio con respecto a las debilidades y a los impedimentos, teniendo en cuenta varias peculiaridades de la pedagogía de Dios nuestro Padre y de Jesús, su Hijo amado: Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia

La primera característica de la pedagogía del Padre es la de la "sobreabundancia de la misericordia". Pablo retoma este tema en muchos lugares. De manera especial lo formula en la Carta a los Romanos, cuando dice: "Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia" (Rm 5, 20). Pablo aclara que esta doctrina no es para permanecer en el pecado, como si uno dijera "total Dios hace sobreabundar su gracia", sino todo lo contrario: se trata de pasar de una concepción legalista, que se fija en el mérito y la culpa para pasar a experimentar la relación con Dios desde una perspectiva que pone por encima de todo el amor siempre más grande del Señor (en el mismo momento en que uno se da cuenta de sus faltas o flaquezas) y desde ese amor rearmarse, por lealtad y amistad, en la gracia.

Somos salvados por gracia

La segunda característica es la de que somos salvados por gracia, no por nuestros méritos. Pablo retoma el deseo del Salmo: "Bienaventurados aquellos cuyas maldades fueron perdonadas y cubiertos sus pecados. Dichoso el hombre a quien el Señor no imputa culpa alguna" (Rm 4, 7-8). Podemos agregar: "Será libre de toda autorreferencia y vivirá en paz, dando frutos de santidad para los demás".

Ignacio nos da otra clave: la amistad y familiaridad con Dios

Ignacio nos enseña que no se trata de mirar los defectos y pecados en sí mismos sino en referencia a la Misericordia del Padre y al amor de Cristo que se entregó por mí. De allí que en sus coloquios nos haga ponderar qué grande ha sido la paciencia y la misericordia de Dios para no condenarme hasta ahora. Y también,



haciéndonos mirar a Jesús puesto en Cruz, por mí, reflexionar sobre lo que he hecho, lo que hago y lo que puedo hacer por Cristo. Ignacio pone el pecado en medio de un diálogo de amor entre dos que se aman. Las faltas quedan ubicadas en medio de una actitud dialogal de amor y de familiaridad inmediata muy con Ignacio tenía infusa la gracia de la devoción espiritual, que consiste en estar unido muy familiarmente al Señor, como cuando uno le tiene devoción a alguien. De esta familiaridad con Dios es de donde brota esa particular manera de ver la abundancia de los defectos como fuente sobreabundante Ribadenevra — uno de sus biógrafos —, en el perfil que traza de Ignacio. primer lugar su devoción dice lo V "Mirando sus faltas y llorándolas, decía que deseaba que en castigo dellas Nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuidadoso y más cauto en su servicio; pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él más faltaba y más deseaba ser castigado desta manera, tanto el Señor era más benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita

liberalidad. Y así decía, que creía que no había hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él. La primera, el faltar tanto a Dios, y la otra, el recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano. Decía más, que esta misericordia usaba el Señor con él, por su flaqueza y miseria, y por la misma le había comunicado la gracia de la devoción, porque siendo ya viejo, enfermo y cansado, no estaba para ninguna cosa, sino para entregarse del todo a Dios, y darse al espíritu de la devoción".

Tanto Pablo como Ignacio experimentan en su vida la bienaventuranza fundamental de Jesús: la de los pobres. "Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos". Los defectos, las flaquezas y debilidades, los pecados incluso, pueden verse, antes que como actos negativos, como fruto de



nuestra pobreza espiritual. Y para esta pobreza Jesús tiene una bienaventuranza. Lo que resulta imposible para los hombres, es posible para Dios. La alegría de Pablo y de Ignacio frente a sus flaquezas, debilidades, impedimentos y faltas es la alegría de los pobres de espíritu que como no poseen nada, no pueden nada, son conscientes de cuánto fallan en todo y de todo lo que les falta..., recurren inmediatamente al Señor en todo momento.

Esta gracia de que "los defectos hagan que Dios aumente la gracia" tiene que ver con el momento presente. La paz interior proviene de comulgar con el momento presente, de saber descubrir y acatar amorosamente la voluntad de Dios —su Amor incondicional— en el momento presente. Sea que se trate de un momento en el que experimentamos un don o un límite. Lo que da paz es sintonizar y comulgar con el Corazón del Padre que tiene entre sus manos nuestro presente, tal como está: si es un presente en el que hemos pecado o estamos sufriendo algo, comulgar con esa realidad es comulgar con la misericordia que perdona y suple. Si se trata de un presente creativo y fecundo, comulgar con él es comulgar con el amor gratuito de Dios que bendice y multiplica el bien.

Experimentar la alegría de ser pobres, aceptar todos nuestros límites, flaquezas, impotencias, contrariedades, trae consigo una refrescante libertad interior que custodia la paz de nuestro corazón. Esta libertad y paz interior es lo contrario del espíritu de autoperfección, que se mira a sí mismo en todo en vez de alzar la mirada a quien bien nos quiere y nos puede ayudar. El espíritu de perfeccionismo pendula entre la autojustificación vanidosa del deber cumplido y la actitud culposa o

culpabilizadora de los demás. Ambas cosas nos tienen en constante ansiedad, tristeza y desasosiego. La alegría de ser vasijas de barro implica la conciencia de nuestra fragilidad, que requiere no salirnos de estar en las manos cuidadosas de la Virgen que nos trata y nos carga con delicadeza maternal. Y también la conciencia de nuestro espacio vacío, que requiere ser llenado constantemente por el Espíritu del Señor. El poder del Señor es tan grande que lo estorba la dureza del que se cree autosuficiente y no la fragilidad del que se sabe "vasija de barro". Ese poder es el de hacernos libres para servirlo en paz. Felices, pues los que descubren este poder extraordinario que viene de Dios. "El Señor es Espíritu y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (2 Cor 3, 17).

Momento de contemplación

Hna Marta Irigoy Misionera Diocesana

"Bienaventurados los que como Pablo, saben que llevan un tesoro en vasijas de barro.

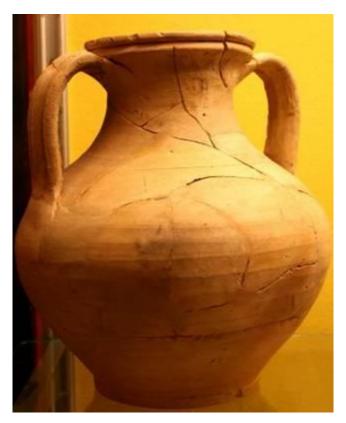
Descubrirán el poder extraordinario que viene de Dios".

Nada más hondo y verdadero que sabernos en las Manos de Aquel que nos hizo y al cual pertenecemos.

Hoy queremos dejarnos consolar, por el Señor, contemplando nuestra vida como una vasija, que se sabe pobre, frágil y

La experiencia de sentir la vida como vasija nos ayuda a descubrir que el vacío de nuestro recipiente, es la capacidad que poseemos para ser llenados por Dios...

agrietada...



En este tiempo de Cuaresma, ya con los pies en el camino a Jerusalén, subiendo con Jesús; tiene que hacernos "sentir y gustar hondamente", que a mayor vacío, mayor capacidad para que la vasija de nuestra vida, sea llenada por la Misericordia que será derramada desde la Cruz...

Nuestra vida también tiene sus grietas, por donde se nos escapa la gracia, la misericordia...



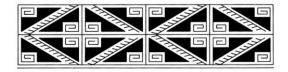
Pueden ayudarnos estas preguntas, para poder nombrar las propias grietas:

- ♦ ¿Qué espíritu me guía?
- ♦ ¿Logro experimentar en mí el espíritu de alegría, al aceptar sentirme pobre, limitado, impotente, frágil? ¿de donde procede la paz?
- ◆ El espíritu de "perfeccionismo" que pendula entre la actitud vanidosa del deber cumplido y la actitud culposa o culpabilizadora de los demás, ¿me llevan a la constante ansiedad, tristeza y desasosiego? (Escribir las respuestas)

La conciencia de las grietas que tiene "nuestra vasija" nos posibilita caminar con los ojos fijos en Jesús y no en nuestro 'no poder', 'no tener', 'no saber' o 'no querer'...

La conciencia de las propias grietas, hace posible que nos sintamos, "Bienaventurados como Pablo, porque sabemos que llevamos un tesoro de Gracia y misericordia, que tiene la misión de llevar esa gracia de misericordia a los demás, y así descubriremos que este poder extraordinario viene de Dios... y que todo lo que por causa de nuestras grietas se pierde posibilita que el agua que transportamos pueda regar y así hermosear el camino por donde andamos...





PABLO Y SU EXPERIENCIA DE LA GRACIA

JOSE RAMON BUSTO Prof. de Sagrada Escritura Univ. Comillas. Madrid

1. Por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor. 15,10)

De las 155 veces que aparece la palabra gracia (járis - cháris) en los escritos del Nuevo Testamento, 100 casos tienen lugar en las cartas paulinas y de ellos 66 en las cartas que con toda seguridad tienen por autor al apóstol de Tarso¹. Esta simple constatación estadística es indicio de otra realidad hace tiempo percibida: Pablo es el teólogo de la gracia entre los autores del N.T. Claro que lo que Pablo expresa con ese término no es desconocido para los demás, pero cada uno lo dice con su estilo propio. Probablemente no es muy distinto lo que Pablo llama gracia de lo que el evangelio de Juan denomina Vida².

En el presente artículo no pretendo ofrecer una exposición de la teología de la gracia de Pablo³ sino más bien hacer aflorar el testimonio que un teólogo de la gracia como Pablo nos da de la actuación de la gracia en su propia persona. Es de todos conocido que Pablo es un gran teólogo, quizá el más creativo del más primitivo cristianismo, pero no es un teólogo sistemático. Expone su evangelio (cf. Gál. 2,2) que brota de su propia experiencia (cf. Gál 1,12) al hilo de los problemas y necesidades que van surgiendo en las comunidades de las que se siente apóstol (cf. 1 Cor. 1,11).

No es difícil, pues, obtener de las cartas de Pablo elementos autobiográficos. De ahí que en estas páginas voy a fijarme especialmente en aquellos pasajes de las cartas paulinas donde el apóstol habla en primera persona de su propia experiencia de la gracia, o allí donde Pablo vincula una experiencia o actuación suvas a la gracia de Dios. Lo primero que hay que decir es que Pablo se

reconoce obra de la gracia de Dios. Con ese testimonio dado por el mismo Pablo he titulado este apartado. En una digresión que interrumpe su argumentación sobre la resurrección del Señor y la de los cristianos, Pablo se reconoce obra de la gracia de Dios: él y su trabajo apostólico. "Por la gracia de

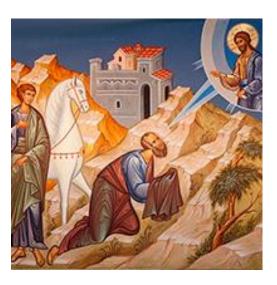


Dios soy lo que soy; su gracia no ha sido estéril en mí, sino que he trabajado más que todos (los demás apóstoles). Pero, no yo sino la gracia de Dios que está conmigo". Así, pues, todo lo que nos encontramos en la vida y en el apostolado de Pablo es reconocido por él como regalo y obra de Dios. Pues ese es precisamente el significado básico del término: es gracia lo que se regala, lo que se da sin merecerlo y sin que se pida nada a cambio. Por eso puede decir el apóstol que en el fondo no es él el autor de su trabajo: "No yo sino la gracia de Dios que está conmigo".

Más aún, puede llegar a decir que ni siquiera su vida es su vida de verdad "sino que es Cristo quien vive en él" (Gál. 2,20). De tal manera, todo es don recibido de otro, que es ese otro quien alienta bajo su persona.

2. Me llamó por su gracia (Gál. 1,15)

Ciertamente, lo primero que vincula Pablo en su vida a la obra de la gracia es el haber sido llamado por Cristo. Así lo manifiesta en la carta a los gálatas cuando trata de legitimar su actuación y su predicación del Evangelio frente а otros cristianos procedentes del judaísmo para quienes la observancia de la religión judía en su totalidad era necesaria para la existencia cristiana. Precisamente la predicación de Pablo se legitima por tener su origen en una actuación graciosa de Dios, es decir regalada a quien era perseguidor de los cristianos.



Cualquiera que fuera la experiencia en el camino de Damasco, Pablo ha visto ahí una actuación de Dios inesperada y gratuita, que "le derribó" (cf. Hech. 9,4) y que cambió su vida.

La primera carta a Timoteo, (1,12-14), no escrita ya por el propio Pablo pero que recoge su tradición y se presenta bajo su nombre nos dice: "Estoy agradecido al que me dio fuerzas, Cristo Jesús nuestro Señor, porque al ponerme en este ministerio, me consideró digno de confianza, a mí que primero fui blasfemo, perseguidor e insolente; pero fui objeto de su misericordia porque en mi incredulidad actué sin saber; pero ciertamente fue mucho mayor la gracia de nuestro Señor..." Llamada y misión o llamada para la misión son los dos conceptos principales que Pablo encuentra vinculados a la gracia en su experiencia personal. Y ambas realidades nacen de la salvación, que también es gracia, de Cristo.

3. En quien tenemos el perdón de los pecados (Ef. 1,7)

Evidentemente el aspecto nuclear de la actuación de la gracia es la salvación operada en Cristo. La carta a los efesios se abre con un gran himno cristológico donde Pablo bendice a Dios por haber desbordado sobre nosotros las riquezas de su gracia. En la carta a los romanos (cap. 3-5) la **gracia** va a ser un término con el que Pablo va a expresar la salvación. La gracia es el don de Dios de donde nacen todos los demás: la redención y el perdón de los pecados, la "justificación", que es gracia de Dios precisamente por ser regalo suyo. Aquí radica para Pablo el punto nuclear de "su" evangelio: que el perdón de los pecados es algo que el hombre no ha merecido ni conseguido sino que únicamente la misericordia de Dios le ha regalado (cf. Rom. 3,24). ¿Cómo ha llegado Pablo a este convencimiento? Sin duda, a partir de su propia experiencia de saberse cambiado por el Señor, sin que él hiciera demasiado para merecerlo. Son varios los pasajes en que Pablo se refiere a la actuación gratuita de Dios colocándole a su servicio (cf. Gál. 1,11 y sigs.).

Precisamente a causa de la gratuidad del perdón de Dios, el cumplimiento de la ley, aunque en sí mismo fuera cosa buena, ha quedado sin fuerza salvadora (cf. Rom. 7,12 sigs.). El creyente no puede pasar ningún recibo a Dios por sus buenas obras. Antes de haber hecho la primera, Dios ya le ha regalado en Cristo con todas las cosas. Así lo siente Pablo: "El que no perdonó a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no va a regalarnos también con él todo lo demás?" (Rm 8,32)

En otro contexto distinto, cuando Pablo cura la herida abierta en su relación con la comunidad de Corinto, argumentará también en este sentido: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si realmente lo has recibido ¿por qué te enorgulleces como si no lo hubieras recibido?" (2 Cor. 4,7).

Hasta tal punto Pablo está convencido de que todo ha sido ya conseguido gratis por Cristo que en la carta a los romanos, donde encontramos su exposición más sistemática sobre la gracia, llega a preguntar dos veces, aunque sea de manera retórica, si hemos de seguir pecando para que la gracia, el regalo del perdón de Dios a nosotros, aumente (Cf. Rom. 6,1 y 6,15).

Esa es la fuerza con la que Pablo siente el poder de la gracia. Los pecados nunca podrán anular la gracia. En todo caso, sólo conseguirán aumentarla. Como a veces la infidelidad no logra más que hacer crecer el amor del amante.

4. Yo no anulo la gracia de Dios (Gál. 2,21)



Pero, según Pablo, la gracia de Dios se puede anular de otra manera. ¿Cómo? Viviendo como si la obra de Dios dependiera de nosotros y fuera conseguida o se perdiera por nuestra actuación. La humanidad ya lo tiene todo conseguido en el corazón de Dios. Actuar como si nos faltara algo por conseguir es anular la gracia de Cristo.

No sería verdad que Cristo nos ha reconciliado con el Padre si fuéramos nosotros los que tuviéramos que alcanzar todavía esa reconciliación. Según Pablo quienes buscan conseguir a Dios con su actuación "se desgajan de la gracia" (cf. Gál. 5,4). Entonces, ¿qué sentido tiene y qué razón la actuación del hombre? Pablo sabe que en su situación de hombre en Cristo está ya transformado por la gracia y que sus obras de hombre nuevo no brotan mandadas o forzadas desde fuera, es decir, por la ley, sino generadas desde dentro, desde su corazón nuevo renovado por la gracia de Dios (cf. Rom. 6,2 y sigs.).

Las buenas obras del hombre no consiguen el perdón de Dios sino que por el contrario, son expresión de que el hombre ha sido perdonado y transformado. La actuación del hombre no consigue la salvación de Dios sino que haber sido salvado es la causa de que el hombre pueda actuar bien. Eso significan las buenas obras del hombre nuevo: ¡que ha sido transformado! Bien claro lo dice Pablo: "Pues en Cristo Jesús no tiene valor alguno ni la circuncisión ni la incircuncisión, sino la fe que se muestra activa mediante la caridad" (Gál. 5,6), y poco después, al final de la carta, de puño y letra de Pablo, -"mirad con qué letras más grandes os escribo de mi propia mano!"-, lo va a repetir de nuevo: "Ni circuncisión ni incircuncisión significan algo sino criatura nueva" (Gál. 6,11.15). Por eso nadie puede gloriarse, ya que nuestras obras no consiguen la gracia de Dios, sino que sencillamente la manifiestan.

5. La gracia de Dios que se me ha dado para vosotros (Ef. 3,2)

De ahí que Pablo sienta la gracia vinculada a la misión. La gracia es un regalo de Dios pero no para nosotros solos. Es un regalo para ser regalado. He descrito hasta ahora la gracia de Dios como perdón de los pecados. Eso es sólo el reverso de la salvación. El anverso del regalo es que el Espíritu que se nos ha dado nos transforma en hijos: "Como prueba de que sois hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo para que grite ¡Abbá!



¡Padre!" (Gál. 4,6). Transformados en hijos en el Hijo nuestra actuación es un trasunto de la actuación de Jesús. O sea que la actuación de Jesús respecto a nosotros es modelo de nuestro comportamiento respecto a los demás. Así entiende Pablo su misión. Primero, la misión de Pablo es un regalo de Dios: "por medio de Jesucristo nuestro Señor recibimos la gracia del apostolado para predicar la obediencia de la fe, a gloria de su nombre, a todos los gentiles..." (Rm 1,5); "A mí, el más insignificante de todos los santos, se me concedió esta gracia: predicar a los gentiles el Evangelio de las riquezas insondables de Cristo" (Ef. 3,8).

Ahora bien, la actuación del Espíritu se manifiesta en pluralidad de dones. Aunque es verdad que Pablo utiliza siempre el término gracia en singular, nunca en plural, sin embargo, también es cierto que la gracia recibida es pluriforme. Por tanto, podemos hablar no sólo de regalo de Dios sino también de regalos que se

nos conceden con la gracia fontal de haber sido hechos hijos: "Tenemos dones diferentes, según la gracia que se nos concedió..." (Rm 12,6).

Y esto Pablo no sólo lo expone en teoría sino que se lo aplica a sí mismo en un momento en que podría entrar en competencia apostólica con otros, como nos atestigua su crítica a las divisiones surgidas en la Iglesia de Corinto: "Conforme a la gracia que se me concedió puse los cimientos como sabio arquitecto, y otro edifica encima" (1 Cor. 3,10). Lo mismo en un momento en que Pablo reconoce la pluralidad en la Iglesia. Si sus dones son distintos es que Dios no lleva a todos por el mismo camino. Quizá en algunas ocasiones bajo tendencias uniformistas o bajo pretexto de una buena organización en la Iglesia se esconde una falta de fe en la pluriformidad de la gracia de Dios. Los múltiples dones de Dios no se dejan medir por el concreto don que ha recibido cada uno de nosotros: "Querría que todos los hombres fueran como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno de una forma y otro de otra" (1 Cor. 7,7).

6. Reconocieron la gracia que se me había concedido (Gál. 2,9)



Es claro que reconocerse obra de la gracia y saber que los demás también lo son, pone las bases de una especial forma de relación dentro de la Iglesia. Porque así como Pablo reconoce los dones múltiples que Dios ha concedido a los otros, los demás deben reconocer, y en el caso concreto que cito, también las columnas de la Iglesia "la gracia que se ha concedido a Pablo".

El pasaje de donde he tomado el titulo para este apartado ha sido citado con frecuencia para legitimar, con razón, la crítica fraterna, honesta y a cara descubierta a la autoridad en la Iglesia. "Cuando Cefas llegó a Antioquía me encaré con él porque era digno de reprensión", a causa de que cedió a las

presiones de los cristianos del grupo de Santiago frente a las decisiones colegiadas del concilio de Jerusalén.

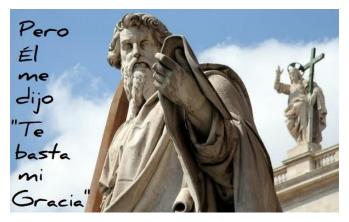
Aquí quiero subrayar dos momentos de la polémica sobre la circuncisión que me parecen especialmente "obra de la gracia". Por una parte el hecho de que Santiago, Cefas y Juan reconocieran la gracia de Pablo. Por otro lado, el hecho de que Pablo tuviera la libertad de encararse con Pedro. Creo que ambos episodios sólo pueden entenderse desde la acción de la gracia.

Que las columnas de la Iglesia, los que habían seguido al Señor desde el principio, que habían sido testigos de momentos especialísimos de la vida de Jesús como la transfiguración y su oración en el huerto de los olivos y que habían sido distinguidos por él durante su vida de especial manera, reconozcan "el evangelio", la buena noticia, en la que, a decir verdad, ellos no habían reparado demasiado, de que los gentiles han sido llamados a la salvación en pie de igualdad con los judíos, que les viene a descubrir un "recién llegado" como Pablo me parece que sólo puede entenderse como un regalo de Dios a su Iglesia naciente.

Por otro lado, que ese recién llegado, y antes perseguidor, no se sintiera en la necesidad de hacer méritos ante las autoridades reconocidas o estudiara la conveniencia de transigir por estrategia o por convencimiento inducido, creo que sólo es explicable de nuevo desde la gracia de Dios, que, como el mismo Pablo dice, "no ha sido estéril en mi" (1 Cor. 15,10).

7. Te basta mi gracia (2 Cor. 12,9).

Hasta ahora hemos recorrido cuatro aspectos de la obra de la gracia de Dios en Pablo. Primero hemos visto a Pablo llamado a ser seguidor de Jesucristo, luego le hemos visto salvado, esto es, reconciliado con Dios por la oblación de Cristo y destinado a reproducir su imagen (cf. Rom. 8,29); le hemos visto trabajando en la predicación del evangelio a los gentiles y por fin viviendo en



la Iglesia en una interdependencia de carismas y misiones que es la manera como "está armónicamente ensamblado y ajustado" el Cuerpo de Cristo (cf. Ef.4,16).

Me parece que todavía queda por apuntar un aspecto importante de la obra de la gracia en el que Pablo hubo de ser enseñado. El aspecto es el siguiente: la gracia de Dios, sea cual sea el don, basta y sobra al hombre para llevarle a su realización porque con la gracia se nos regala también todo lo demás (cf Rom. 8,32). En los capítulos 10 al 13 de la segunda carta a los corintios, con toda probabilidad, guardamos lo que nos ha quedado de la carta que con muchas lágrimas (cf. 2 Cor. 2,4) escribió Pablo a los corintios en unos momentos de graves dificultades en que los propios corintios rechazaron la autoridad del apóstol.

En ese contexto Pablo nos atestigua una dificultad de su vida personal: "Me han clavado en la carne una espina, emisario de Satanás, que me abofetee para que no me ensoberbezca..." (/2Co/12/07-09). No sabemos en concreto qué fue esa espina, pero sí sabemos más o menos de qué hubo de tratarse: un emisario de Satanás, clavado en la carne ha de ser una enfermedad o un defecto. Más probablemente lo primero que lo segundo. Ello hace que Pablo no pueda ensoberbecerse pues cada tanto algo le recuerda su débil condición. Y Pablo pide a Dios verse libre de esa espina, pero... "Se me ha dicho: Te basta mi gracia, pues la fuerza se realiza en la debilidad" (2 Cor. 12,9).

Pablo aprendió desde su primer encuentro con Cristo en el camino de Damasco a reconocer el poder de Dios y de su gracia en la capacidad de ésta para transformar al hombre como él experimentó. Luego fue percibiendo su fuerza en la efectividad de sus correrlas apostólicas: "La gracia que se me dio no fue ineficaz; al contrario, trabajé más que todos (los demás apóstoles); no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (1 Cor. 15,10).

Sin embargo, Pablo necesitaba, como también probablemente nosotros ser enseñados a reconocer el poder y la actuación de Dios, es decir, su gracia y sus dones en lo aparentemente, -sólo aparentemente-, negativo. Eso es así porque el don de Dios, su gracia, está presente en el hombre aunque no aparezca su operatividad. Por eso, Pablo puede escuchar: "Te basta mi gracia. Pues la fuerza se realiza en la debilidad". Me parece que esta experiencia es de tal manera básica para el cristiano que me atrevo a decir que allí donde no se haya dado no hay propiamente fe cristiana. Quien se experimenta querido por Dios, abrazado por su gracia no necesita ya ninguna otra cosa 4. En otro pasaje de sus cartas Pablo nos atestigua también esta forma de comprender su vida y su situación: "Lo que eran para mi ganancias, a causa del Mesías las he considerado una pérdida; más aún, incluso considero que todo es una pérdida por la enorme ventaja del conocimiento de Cristo Jesús mi Señor, por quien sufrí la pérdida de todo, y considero todo basura a fin de ganar a Cristo, y existir en él, sin poseer una justicia mía que proceda de la ley..." (Fil. 3,8-9).

8. ¿Son ministros de Cristo?... ¡Yo más! (2 Cor. 11,23-28)

En el mismo contexto de legitimación de su propia autoridad frente a la comunidad de Corinto, que Pablo hace en la carta de las muchas lágrimas, hay un pasaje que me parece especialmente importante para subrayar cómo entiende Pablo lo que significa "ganar a Cristo y existir en él".

En un momento en que la autoridad de Pablo está puesta en entredicho por una de sus propias comunidades, siendo coherente con su concepción de que su ministerio y la predicación de "su evangelio" es algo que se debe al don de Cristo, Pablo sólo puede legitimar su autoridad refiriéndose al mismo Cristo y a su vinculación con él. "Nuestro motivo de orgullo es el siguiente: el testimonio de nuestra conciencia de que hemos procedido en el mundo, y más ante vosotros, con sencillez y sinceridad de Dios, y no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios" (2 Cor 1,12).

Pablo se reconoce entonces tan hebreo y tan israelita como sus oponentes en Corinto. Pero más discípulo de Cristo que ellos. Reconociendo que habla entre delirios Pablo se presenta como un discípulo de Cristo especialmente aventajado. ¿A qué es debido? Pablo es más discípulo de Cristo porque Pablo ha seguido más de cerca el camino de entrega, debilidad y sufrimiento de Cristo. Merece la pena citar un texto un poco largo: "En trabajos, más; en cárceles, más; en golpes, de sobra; en peligros de muerte, muchas veces; cinco veces recibí de los judíos cuarenta golpes menos uno; tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tuve tres naufragios, he pasado un día y una noche (flotando) en alta mar; en viajes a pie, muchas veces, con peligros de ríos, peligros de bandidos, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; con trabajo y fatiga; con noches sin dormir, muchas veces; con hambre y sed; con ayunos muchas veces; con frío y desnudez; sin contar lo que habría que añadir, mi carga de cada día, la preocupación por todas las Iglesias" (2 Co 11,23-28).

Pablo podría haber aportado otros motivos para ser reconocido por los corintios, también podría haber aducido otros méritos que le hicieran más discípulo de Cristo. Por ejemplo, sus éxitos apostólicos, haber convertido a personas importantes como el procurador Sergio Paulo, haber sido el teólogo triunfante en

el concilio de Jerusalén, haber introducido el cristianismo en Europa al fundar la Iglesia de Filipos, ser el fundador de la Iglesia de Corinto, una de las ciudades más importantes del Mediterráneo oriental en aquel entonces, etc... Sin embargo Pablo aduce solamente un tipo de méritos: sus sufrimientos que le acercan más a los sufrimientos de Cristo y por tanto le hacen más discípulo que sus oponentes. Entre todos los aspectos con los que el discípulo sigue al Maestro, -predicando



como Cristo predicó, enseñando como Cristo lo hizo, curando o consolando como Cristo, retirándose a orar o anunciando su perdón-, el aspecto que más le identifica con el Señor es el realizar su entrega muriendo su misma muerte. La fuerza de la gracia se realiza en la debilidad humana. En este sentido Pablo, es discípulo aventajado de Cristo que llevó adelante su misión no desde la gloria y el poder sino desde la humillación y la Cruz (cf. Lc. 4,1-3 y Fil. 2,6 8).

9. Haceos imitadores míos (Fil. 3,17)

Un último elemento me queda por anotar aún: Pablo, obra de la gracia de Dios, se ve convertido a sí mismo en gracia para los otros. Así lo da a entender Pablo en la segunda carta a los corintios cuando vincula una visita suya con la gracia: "Quería ir primero a vosotros para que obtuvierais una segunda gracia" (2 Cor. 1,5). Una visita de Pablo, hechura él mismo de la gracia ha de ser



también una ocasión de gracia para los demás cristianos. Y es que, como decía más arriba, la gracia no se nos ha regalado para nosotros solos. Toda gracia concedida a un cristiano es gracia para la Iglesia entera. Por eso Pablo puede reconocer a los filipenses como "partícipes de mi gracia en mis cadenas" (Filp. 1,7) y presentarse ante ellos como modelo para que, mediante su imitación, ellos también lleguen a un más cercano seguimiento de Jesús: "Haceos imitadores míos".

En resumen, me parece que, según lo que hemos aprendido de Pablo, experimentar la gracia significa pasar del miedo a la responsabilidad. Quien no sabe lo que es la gracia tiene miedo de no "merecer" una palabra aprobatoria de Dios y eso, con frecuencia, le lleva a enterrar su talento haciendo un hoyo en el suelo para poder devolverlo cuando se lo reclamen. Haber experimentado la gracia es sentirse libres para colaborar a que la gracia se multiplique. "Para la libertad os liberó Cristo" (Gál. 5,1). En la parábola de los talentos (cf. /Mt/25/14-30) no aparece ningún siervo que empiece a negociar con su talento y lo pierda, mereciendo así la recriminación de su señor. No aparece porque negociar con el talento y perderlo es sencillamente imposible.

.....

- 1. La distribución es la siguiente: Rom. 24 veces, I Cor. 10, 2 Cor. 18, Gál. 7, Ef 12; Flp 3; Col 5; 1 Th 2; 2 Th 4; 1Tm 4; 2 Tm 5, Tt 4 Fm.2.
- 2. Término que aparece en Jn. 36 de las 135 veces que se halla en el N.T.
- 3. Puede verse una buena exposición que explica además la evolución del concepto en Pablo y en los textos postpaulinos en E. Schillebeeckx, Cristo y los cristianos, Madrid 1982, 105-211.
- 4. Pueden recordarse formulaciones de esta experiencia en nuestra tradición mística. Así Ignacio de Loyola: "Dadme vuestro amor y gracia que ésta me basta" (E.E. 234) y Teresa de Jesús en la letrilla "Nada te turbe", que acaba: "Quien a Dios tiene / Nada le falta / Sólo Dios basta".

DOS SUTILES ENEMIGOS DE LA GRACIA

Al ahondar sobre el misterio de la Gracia de Dios es muy oportuno tener en cuenta la enseñanza del Papa Francisco sobre dos sutiles peligros que pueden acechar nuestro caminito espiritual. En la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate* ("Alégrense y Regocíjense") el Papa Francisco nos recuerda que todos hemos recibido la vocación a la santidad. En el Capítulo 1 nos recuerda precisamente que estamos llamados a ser santos. Seguidamente, en el Capítulo 2 nos



previene contra dos "falsificaciones de la santidad". Estas palabras del Papa Francisco pueden ayudarnos a no caer en malas interpretaciones de lo que es la Gracia de Dios, ya que la santidad no es otra cosa que la vida de la Gracia en el creyente.

Conviene que leamos atentamente el texto dos o tres veces si es necesario, sin desanimarnos si no comprendemos alguna palabra, pues poco a poco, entre todos, trataremos de desentrañar la riqueza de esta enseñanza.

Exhortación Apostólica GAUDETE ET EXULTATE del Papa Francisco CAPÍTULO SEGUNDO DOS SUTILES ENEMIGOS DE LA SANTIDAD

35. En este marco, quiero llamar la atención acerca de dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías que surgieron en los primeros siglos cristianos, pero que siguen teniendo alarmante actualidad. Aun hoy los corazones de muchos cristianos, quizá sin darse cuenta, se dejan seducir por estas propuestas engañosas. En ellas se expresa un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica.[33] Veamos estas dos formas de seguridad doctrinal o disciplinaria que dan lugar «a un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar. En los dos casos, ni Jesucristo ni los demás interesan verdaderamente»[34].

El gnosticismo actual

36. El gnosticismo supone «una fe encerrada en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos que supuestamente reconfortan e iluminan, pero en definitiva el sujeto queda clausurado en la inmanencia de su propia razón o de sus sentimientos»[35].

Una mente sin Dios y sin carne

- 37. Gracias a Dios, a lo largo de la historia de la Iglesia quedó muy claro que lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad de datos y conocimientos que acumulen. Los «gnósticos» tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de determinadas profundidad comprender la de doctrinas. Conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros. encorsetada en una enciclopedia abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo»[36].
- 38. En definitiva, se trata de una superficialidad vanidosa: mucho movimiento en la superficie de la mente, pero no se mueve ni se conmueve la profundidad del pensamiento. Sin embargo, logra subyugar a algunos con una fascinación engañosa, porque equilibrio formal el gnóstico es supuestamente aséptico, y puede asumir el aspecto de una cierta armonía o de un orden que lo abarca marcadas contradicciones. todo.

El **gnosticismo** surgió desde los primeros siglos de la era cristiana Varios magos y filósofos que se acercaron o convirtieron al cristianismo no quisieron renunciar a sus antiguas prácticas y creencias, por lo que intentaron fusionar sus dos doctrinas y crear una nueva fe que les diera los beneficios del cristianismo sin tener que renunciar a sus privilegios y al orgullo de ser miembros de una élite selecta e iniciática.

Los gnósticos pensaban que la salvación no venía por la fe en Jesucristo, sino por la dedicación al estudio y al conocimiento (de ahí su nombre: gnosis = conocimiento). Existieron y existen múltiples grupos y sectas gnósticas, las cuales comparten algunas líneas de pensamiento pero se distinguen por proponer un número infinito de variantes con

39. Pero estemos atentos. No me refiero a los racionalistas enemigos de la fe cristiana. Esto puede ocurrir dentro de la Iglesia, tanto en los laicos de las parroquias como en guienes enseñan filosofía o teología en centros de formación. Porque también es propio de los gnósticos creer que con sus explicaciones ellos pueden hacer perfectamente comprensible toda la fe y todo el Evangelio. Absolutizan sus propias teorías y obligan a los demás a someterse a los razonamientos que ellos usan. Una cosa es un sano y humilde uso de la razón para reflexionar sobre la enseñanza teológica y moral del Evangelio; otra es pretender reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo[37].

Una doctrina sin misterio

40. El gnosticismo es una de las peores ideologías, ya que, al mismo tiempo que exalta indebidamente el conocimiento o una determinada experiencia, considera que su propia visión de la realidad es la perfección. Así, quizá sin advertirlo, esta ideología se alimenta a sí misma y se enceguece aún más. A veces se vuelve especialmente engañosa cuando se disfraza de una espiritualidad desencarnada. Porque el gnosticismo «por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio»[38], tanto el misterio de Dios y de su gracia, como el misterio de la vida de los demás.

- 41. Cuando alguien tiene respuestas a todas las preguntas, demuestra que no está en un sano camino y es posible que sea un falso profeta, que usa la religión en beneficio propio, al servicio de sus elucubraciones psicológicas y mentales. Dios nos supera infinitamente, siempre es una sorpresa y no somos nosotros los que decidimos en qué circunstancia histórica encontrarlo, ya que no depende de nosotros determinar el tiempo y el lugar del encuentro. Quien lo quiere todo claro y seguro pretende dominar la trascendencia de Dios.
- 42. Tampoco se puede pretender definir dónde no está Dios, porque él está misteriosamente en la vida de toda persona, está en la vida de cada uno como él quiere, y no podemos negarlo con nuestras supuestas certezas. Aun cuando la existencia de alguien haya sido un desastre, aun cuando lo veamos destruido por los vicios o las adicciones, Dios está en su vida. Si nos dejamos guiar por el Espíritu más que por nuestros razonamientos, podemos y debemos buscar al Señor en toda vida humana. Esto es parte del misterio que las mentalidades gnósticas terminan rechazando, porque no lo pueden controlar.

Los límites de la razón

- 43. Nosotros llegamos a comprender muy pobremente la verdad que recibimos del Señor. Con mayor dificultad todavía logramos expresarla. Por ello no podemos pretender que nuestro modo de entenderla nos autorice a ejercer una supervisión estricta de la vida de los demás. Quiero recordar que en la Iglesia conviven lícitamente distintas maneras de interpretar muchos aspectos de la doctrina y de la vida cristiana que, en su variedad, «ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra». Es verdad que «a quienes sueñan con una doctrina monolítica defendida por todos sin matices, esto puede parecerles una imperfecta dispersión»[39]. Precisamente, algunas corrientes gnósticas despreciaron la sencillez tan concreta del Evangelio e intentaron reemplazar al Dios trinitario y encarnado por una Unidad superior donde desaparecía la rica multiplicidad de nuestra historia.
- 44. En realidad, la doctrina, o mejor, nuestra comprensión y expresión de ella, «no es un sistema cerrado, privado de dinámicas capaces de generar interrogantes, dudas, cuestionamientos», y «las preguntas de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas, sus preocupaciones, poseen valor hermenéutico que no podemos ignorar si queremos tomar en serio el principio de encarnación. Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan»[40].
- 45. Con frecuencia se produce una peligrosa confusión: creer que porque sabemos algo o podemos explicarlo con una determinada lógica, ya somos santos, perfectos, mejores que la «masa ignorante». A todos los que en la Iglesia tienen la posibilidad de una formación más alta, san Juan Pablo II les advertía de la tentación de desarrollar «un cierto sentimiento de superioridad respecto a los demás fieles»[41]. Pero en realidad, eso que creemos saber debería ser siempre una motivación para

responder mejor al amor de Dios, porque «se aprende para vivir: teología y santidad son un binomio inseparable»[42].

46. Cuando san Francisco de Asís veía que algunos de sus discípulos enseñaban la doctrina, quiso evitar la tentación del gnosticismo. Entonces escribió esto a san Antonio de Padua: «Me agrada que enseñes sagrada teología a los hermanos con tal que, en el estudio de la misma, no apagues el espíritu de oración y devoción»[43]. Él reconocía la tentación de convertir la experiencia cristiana en un conjunto de elucubraciones mentales que terminan alejándonos de la frescura del Evangelio. San Buenaventura, por otra parte, advertía que la verdadera sabiduría cristiana no se debe desconectar de la misericordia hacia el prójimo: «La mayor sabiduría que puede existir consiste en difundir fructuosamente lo que uno tiene para dar, lo que se le ha dado precisamente para que lo dispense. [...] Por eso, así como la misericordia es amiga de la sabiduría, la avaricia es su enemiga»[44]. «Hay una actividad que al unirse a la contemplación no la impide, sino que la facilita, como las obras de misericordia y piedad»[45].

El pelagianismo actual

- 47. El gnosticismo dio lugar a otra vieja herejía, que también está presente hoy. Con el paso del tiempo, muchos comenzaron a reconocer que no es el conocimiento lo que nos hace mejores o santos, sino la vida que llevamos. El problema es que esto se degeneró sutilmente, de manera que el mismo error de los gnósticos simplemente se transformó, pero no fue superado.
- 48. Porque el poder que los gnósticos atribuían a la inteligencia, algunos comenzaron a atribuírselo a la voluntad humana, al esfuerzo personal. Así surgieron los pelagianos y los semipelagianos. Ya no era la inteligencia lo que ocupaba el lugar del misterio y de la gracia, sino la voluntad. Se olvidaba que «todo depende no del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios» (Rm 9,16) y que «él nos amó primero» (1 Jn 4,19).

Una voluntad sin humildad

49. Los que responden a esta mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados «en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico»[46]. Cuando algunos de ellos se dirigen a los débiles diciéndoles que todo se puede con la gracia de Dios, en el fondo suelen transmitir la idea de que todo se puede con la voluntad humana, como si ella fuera algo puro, perfecto, omnipotente, a lo que se añade la gracia. Se pretende ignorar que «no todos pueden

El pelagianismo es una herejía propagada por el monje inglés Pelagio -a comienzos del siglo V- que no admitía la doctrina del pecado original y afirmaba que no era necesaria la Gracia de Dios para poder cumplir su voluntad. Esta doctrina fue combatida por san Agustín y declarada errónea por la Iglesia. En el fondo, el pelagianismo enseña erróneamente que el hombre puede, con sus propias fuerzas vivir el Evangelio sin necesidad de la ayuda de la Gracia. En última instancia, el pelagianismo no es sino una forma de fariseísmo.

todo»[47], y que en esta vida las fragilidades humanas no son sanadas completa y definitivamente por la gracia[48]. En cualquier caso, como enseñaba san Agustín, Dios te invita a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas[49]; o bien a decirle al Señor humildemente: «Dame lo que me pides y pídeme lo que quieras»[50].

50. En el fondo, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento[51]. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos. En este caso, detrás de la ortodoxia, nuestras actitudes pueden no corresponder a lo que afirmamos sobre la necesidad de la gracia, y en los hechos terminamos confiando poco en ella. Porque si no advertimos nuestra realidad concreta y limitada, tampoco podremos ver los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento, después de habernos capacitado y cautivado con su don. La gracia actúa históricamente y, de ordinario, nos toma y transforma de una forma progresiva[52]. Por ello, si rechazamos esta manera histórica y progresiva, de hecho podemos llegar a negarla y bloquearla, aunque la exaltemos con nuestras palabras.

51. Cuando Dios se dirige a Abraham le dice: «Yo soy Dios todopoderoso, camina en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). Para poder ser perfectos, como a él le agrada, necesitamos vivir humildemente en su presencia, envueltos en su gloria; nos hace falta caminar en unión con él reconociendo su amor constante en nuestras vidas. Hay que perderle el miedo a esa presencia que solamente puede hacernos bien. Es el Padre que nos dio la vida y nos ama tanto. Una vez que lo aceptamos y dejamos de pensar nuestra existencia sin él, desaparece la angustia de la soledad (cf. Sal 139,7). Y si ya no ponemos distancias frente a Dios y vivimos en su presencia, podremos permitirle que examine nuestro corazón para ver si va por el camino correcto (cf. Sal 139,23-24). Así conoceremos la voluntad agradable y perfecta del Señor (cf. Rm 12,1-2) y dejaremos que él nos moldee como un alfarero (cf. Is 29,16). Hemos dicho tantas veces que Dios habita en nosotros, pero es mejor decir que nosotros habitamos en él, que él nos permite vivir en su luz y en su amor. Él es nuestro templo: lo que busco es habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida (cf. Sal 27,4). «Vale más un día en tus atrios que mil en mi casa» (Sal 84,11). En él somos santificados.

Una enseñanza de la Iglesia muchas veces olvidada

52. La Iglesia enseñó reiteradas veces que no somos justificados por nuestras obras o por nuestros esfuerzos, sino por la gracia del Señor que toma la iniciativa. Los Padres de la Iglesia, aun antes de san Agustín, expresaban con claridad esta convicción primaria. San Juan Crisóstomo decía que Dios derrama en nosotros la fuente misma de todos los dones antes de que nosotros hayamos entrado en el combate[53]. San Basilio Magno remarcaba que el fiel se



gloría solo en Dios, porque «reconoce estar privado de la verdadera justicia y que es justificado únicamente mediante la fe en Cristo»[54].

53. El II Sínodo de Orange enseñó con firme autoridad que nada humano puede exigir, merecer o comprar el don de la gracia divina, y que todo lo que pueda cooperar con ella es previamente don de la misma gracia: «Aun el querer ser limpios se hace en nosotros por infusión y operación sobre nosotros del Espíritu Santo»[55]. Posteriormente, aun cuando el Concilio de Trento destacó la importancia de nuestra cooperación para el crecimiento espiritual, reafirmó aquella enseñanza dogmática: «Se dice que somos justificados gratuitamente, porque nada de lo que precede a la justificación, sea la fe, sean las obras, merece la gracia misma de la justificación; "porque si es gracia, ya no es por las obras; de otro modo la gracia ya no sería gracia" (Rm 11,6)»[56].

54. El Catecismo de la Iglesia Católica también nos recuerda que el don de la gracia «sobrepasa las capacidades de la inteligencia y las fuerzas de la voluntad humana»[57], y que «frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito alguno de parte del hombre. Entre él y nosotros la desigualdad no tiene medida»[58]. Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor. Esto nos invita a vivir con una gozosa gratitud por ese regalo que nunca mereceremos, puesto que «después que uno ya posee la gracia, no puede la gracia ya recibida caer bajo mérito»[59]. Los santos evitan depositar la confianza en sus acciones: «En el atardecer de esta vida me presentaré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que lleves cuenta de mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos»[60].

55. Esta es una de grandes las convicciones definitivamente adquiridas por la Iglesia, y está tan claramente expresada en la Palabra de Dios que queda fuera de toda discusión. Así como supremo mandamiento del amor, esta verdad



debería marcar nuestro estilo de vida, porque bebe del corazón del Evangelio y nos convoca no solo a aceptarla con la mente, sino a convertirla en un gozo contagioso. Pero no podremos celebrar con gratitud el regalo gratuito de la amistad con el Señor si no reconocemos que aun nuestra existencia terrena y nuestras capacidades naturales son un regalo. Necesitamos «consentir jubilosamente que nuestra realidad sea dádiva, y aceptar aun nuestra libertad como gracia. Esto es lo difícil hoy en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de su propia originalidad o de su libertad»[61].

56. Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más[62]. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Rm 12,1). Por otra parte, la Iglesia siempre enseñó que solo la caridad hace posible el crecimiento en la vida de la gracia, porque si no tengo caridad, no soy nada (cf. 1 Co 13,2).

Los nuevos pelagianos

- 57. Todavía hay cristianos que se empeñan en seguir otro camino: el de la justificación por las propias fuerzas, el de la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una autocomplacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor. Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo[63].
- 58. Muchas veces, en contra del impulso del Espíritu, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos. De esa manera, se suele reducir y encorsetar el Evangelio, quitándole su sencillez cautivante y su sal. Es quizás una forma sutil de pelagianismo, porque parece someter la vida de la gracia a unas estructuras humanas. Esto afecta a grupos, movimientos y comunidades, y es lo que explica por qué tantas veces comienzan con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos.
- 59. Sin darnos cuenta, por pensar que todo depende del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales, complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe. Santo Tomás de Aquino nos recordaba que los preceptos añadidos al Evangelio por la Iglesia deben exigirse con moderación «para no hacer pesada la vida a los fieles», porque así «se convertiría nuestra religión en una esclavitud»[64].

El resumen de la Ley

60. En orden a evitarlo, es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad. San Pablo dice que lo que cuenta de verdad es «la fe que actúa por el amor» (Ga 5,6). Estamos llamados a cuidar atentamente la caridad: «El que ama ha cumplido el resto de la ley [...] por eso la plenitud de la ley es el amor» (Rm 13,8.10). «Porque

toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Ga 5,14).

- 61. Dicho con otras palabras: en medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. En efecto, el Señor, al final de los tiempos, plasmará su obra de arte con el desecho de esta humanidad vulnerable. Pues, «¿qué es lo que queda?, ¿qué es lo que tiene valor en la vida?, ¿qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen»[65].
- 62. ¡Que el Señor libere a la Iglesia de las nuevas formas de gnosticismo y de pelagianismo que la complican y la detienen en su camino hacia la santidad! Estas desviaciones se expresan de diversas formas, según el propio temperamento y las propias características. Por eso exhorto a cada uno a preguntarse y a discernir frente a Dios de qué manera pueden estar manifestándose en su vida.

REFERENCIAS

- [33] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta Placuit Deo, sobre algunos aspectos de la salvación cristiana (22 febrero 2018), 4: L'Osservatore Romano (2 marzo 2018), pp. 4-5: «Tanto el individualismo neopelagiano como el desprecio neo-gnóstico del cuerpo deforman la confesión de fe en Cristo, el Salvador único y universal». En este documento se encuentran las bases doctrinales para la comprensión de la salvación cristiana en relación con las derivas neo-gnósticas y neo-pelagianas actuales.
- [34] Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 94: AAS 105 (2013), 1060.
- [35] Ibíd.: AAS 105 (2013), 1059.
- [36] Homilía en la Misa de la Casa Santa Marta (11 noviembre 2016): L'Osservatore Romano (12 noviembre 2016), p. 8.
- [37] Como enseña S. Buenaventura: «Es necesario que se dejen todas las operaciones intelectuales, y que el ápice del afecto se traslade todo a Dios y todo se transforme en Dios. [...] Y así, no pudiendo nada la naturaleza y poco la industria, ha de darse poco a la inquisición y mucho a la unción; poco a la lengua y muchísimo a la alegría interior; poco a la palabra y a los escritos, y todo al don de Dios, que es el Espíritu Santo; poco o nada a la criatura, todo a la esencia creadora, esto es, al Padre, y al Hijo, y a Espíritu Santo» (Itinerario de la mente a Dios, VII. 4-5).
- [38] Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología (3 marzo 2015): L'Osservatore Romano (10 marzo 2015), p. 6.
- [39] Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 40: AAS 105 (2013), 1037.
- [40] Videomensaje al Congreso internacional de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (1-3 septiembre 2015): AAS 107 (2015), 980.
- [41] Exhort. ap. postsin. Vita consecrata (25 marzo 1996), 38: AAS 88 (1996), 412.
- [42] Carta al Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica Argentina en el centenario de la Facultad de Teología (3 marzo 2015): L'Osservatore Romano (10 marzo 2015), p. 6.
- [43] Carta a Fray Antonio, 2: FF 251.
- [44] Los siete dones del Espíritu Santo, 9, 15.
- [45] Id., In IV Sent., 37, 1, 3, ad 6.
- [46] Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 94: AAS 105 (2013), 1059.
- [47] Cf. S. Buenaventura, Las seis alas del Serafín 3, 8: «Non omnes omnia possunt». Cabe entenderlo en la línea del Catecismo de la Iglesia Católica, 1735.
- [48] Sto. Tomás de Aquino, Summa Theologiae I-II, q.109, a.9, ad 1: «La gracia entraña cierta imperfección, en cuanto no sana perfectamente al hombre».
- [49] Cf. La naturaleza y la gracia, XLIII, 50: PL 44, 271.
- [50] Confesiones X, 29, 40: PL 32, 796.
- [51] Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 44: AAS 105 (2013), 1038.

- [52] La fe cristiana entiende la gracia como preveniente, concomitante y subsecuente a nuestras acciones (cf. Conc. Ecum. de Trento, Ses. VI, Decr. de iustificatione, sobre la justificación, cap. 5: DH, 1525).
- [53] Cf. Homilías sobre la carta a los Romanos, IX, 11: PG 60, 470.
- [54] Homilía sobre la humildad: PG 31, 530.
- [55] Canon 4, DH 374.
- [56] Ses. VI, Decr. de iustificatione, sobre la justificación, cap. 8: DH 1532.
- [57] N. 1998.
- [58] Ibíd., 2007.
- [59] Sto. Tomás de Aquino, Summa Theologiae I-II, q.114, a.5.
- [60] Sta. Teresa de Lisieux, "Acto de ofrenda al Amor misericordioso" (Oraciones, 6).
- [61] Lucio Gera, "Sobre el misterio del pobre", en P. Grelot-L. Gera-A. Dumas, El Pobre, Buenos Aires 1962, 103.
- [62] Esta es, en definitiva, la doctrina católica acerca del «mérito» posterior a la justificación: se trata de la cooperación del justificado para el crecimiento de la vida de la gracia (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 2010). Pero esta cooperación de ninguna manera hace que la justificación misma y la amistad con Dios se vuelvan objeto de un mérito humano.
- [63] Cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium (24 noviembre 2013), 95: AAS 105 (2013), 1060.
- [64] Summa Theologiae I-II, q.107, a.4.
- [65] Homilía durante el Jubileo de las personas socialmente excluidas (13 noviembre 2016): L'Osservatore Romano (14-15 noviembre 2016), p. 8.

PISTAS PARA TRABAJAR EL TEXTO

- 1. Encierra en un círculo aquellas palabras que necesitan una aclaración.
- 2. Subraya las frases que más te llamaron la atención.
- 3. Después de leer Gaudete et Exultate 37 ¿te animas a expresar con tus palabras en qué consiste el peligro del gnosticismo?
- **4.** Teniendo en cuenta Gaudete et Exultate 41 y 42 pregúntate con sincera honestidad si alguna vez pensaste que en alguna persona **no estaba** la gracia de Dios.
- 5. A partir de Gaudete et Exultate 45 haz una lista de aquellas personas de las que, en algún momento, te has sentido superior. Piensa ¿Cómo podrías luchar contra ese "cierto sentimiento de superioridad respecto a los demás"?
- **6.** Repasando Gaudete et Exultate 48 y 49 ¿Cómo describirías el pelagianismo actual?
- 7. El Papa Francisco insiste en que la Gracia de Dios no puede ser comprada ¿has tenido, alguna vez la tentación de negociar con Dios? ¿Es frecuente, en nuestras comunidades, la falsa imagen de un Dios-comerciante? ¿Por qué?
- **8.** Según Gaudete et Exultate 57, ¿en qué rasgos de nuestra comunidad eclesial se puede percibir el pelagianismo actual?
- 9. "No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos" ¿Qué nos quiere decir el Papa Francisco con esta frase?
- **10.** Teniendo en cuenta Gaudete et Exultate 62, haz una oración al Señor Jesús pidiéndole la gracia de poder ver de qué manera pueden estar manifestándose en tu vida estas semillas malas del gnosticismo y del pelagianismo.

